
UN
ENFERMO
Y
UN LOCO
MONT. 6
7 / 34

Ejemplar único.

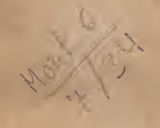
FOLLETIN DE EL ESPAÑOL.

UN ENFERMO Y UN LOCO.

RELACION EXTRAORDINARIA

POR

MANUEL CANO Y CUETO.





SEVILLA.
Oficinas de EL ESPAÑOL, Zaragoza 50.
1876.

Á mi querido primo el señor D. Fausto Saavedra, conde de Urbasa, en prueba de gratitud y cariño,

EL AUTOR.

UN ENFERMO Y UN LOCO.

RELACIÓN EXTRAORDINARIA.

CAPITULO I.

La primera nube.

Á los veinte años Teobaldo de Vargas era tan sábio y tan loco como su maestro y tutor; noble anciano que revivia cuando miraba los ojos de su Luisa, niña celestial, que llevaba un eterno sol en su frente.

Amaba el viejo á Teobaldo con toda su alma, pero le habia arrancado la alegría con que resplandece la primera aurora de la vida, y en cambio le habia prodigado el delirio de la ciencia ¡pero qué ciencia!

Las ruinas del saber de las viejas inteligencias, los sueños estravagantes de osados especuladores, las doctrinas nebulosas de falsos profetas cuyos milagros tienen mucho de la supercherîa de los de Apolonio y Simon el Mago, la

metempsicosis ciega y degradante, y como para completar toda esta demencia, la reencarnacion, la materia considerada inmortal.... locuras en las cuales ¡creian viejo y mozo, fantasmas á los cuales se entregaban, desvarios en los que basaban su saber, y que despues de cerrarles los ojos á la verdadera luz, les hacian ser cuerdos y rematadamente locos.

Luisa, flor pura y lozana crecia y esparcia su aroma entre el polvo de los viejos libros y de los rancios pergaminos, siendo el único sol que iluminaba la eterna noche de la filosofía malaventurada.

Luisa era blanca y rubia y tenia los ojos azules.

El último serafin que habia besado su boca, habia dejado estampado en sus lábios de púrpura la celestial pureza de los ángeles.

En una palabra, la niña era como un ángel, y parecia que un ángel habia bajado del cielo para encarnar en el cuerpo de aquella hermosa criatura.

¿Cuál era la vida de Luisa?

La de un pajarillo Cantaba por el dia las canciones que la buena Brígida, su aya le habia enseñado, y por la noche soñaba en esos idilios de castidad que ni aun puede adivinar el materialismo de los hombres.

Teobaldo y Luisa se querian con todo el cariño y la confianza fraternal.

Reian y jugaban juntos, y el filósofo no se acordaba de sus doctrinas y sistemas, cuando besaba la frente de la niña y enredaba con las rubias guedejas de sus cabellos.

Luisa era el pájaro, toda la casa se alegraba con sus trinos.

Aquellas criaturas desde un dia supremo, conocieron todos los momentos del amor.

El rubor que se delata en la rosa de las megillas, nacido al sol de una mirada, el suspiro, único alivio de una pena, la dulce sonrisa brotada al santo calor de una esperanza, la turbacion no esplicada, la lágrima imprudente que se desborda, la intranquilidad, la duda, el insomnio... ved ahí los cantos de ese poema que se escribe con todos los colores de la aurora y que se adorna con todos los perfumes y flores de la primavera.

Un dia, al levantarse Luisa de su lecho, casto nido de tórtola, sintió en su pecho una fuerte opresion. Se miró al espejo y se vió pálida. Aquella tarde arrojó sangre por la boca.

Se llamó al médico y este dijo á Teobaldo.

—El mal no tiene cura.

—¿Cuál es su enfermedad?

—La tísis.

Como una luz á quien vá faltando el aceite, así sentia Luisa que la vida huia de su corazon.

Cuando Teobaldo la mentia una esperanza consoladora ella alzaba sus hermosos ojos azules y decia sentenciosamente: allá nos reuniremos.

Y parecia que el cielo se abria á su mirada.

Teobaldo la cuidaba, la mimaba, como una tierna madre á una hija enferma.

Se levantaba muy temprano y con tierna solicitud era él quien preparaba las medicinas que bebia en su lecho la desgraciada jóven.

Si ella queria rezar, él se hincaba de rodillas y rezaba á su lado.

Adivinaba sus menores caprichos para tener el placer de servirlos.

Y cuando su enfermedad se agravó, él sin que ella lo supiese, pasaba las noches en vela, sentado junto á la puerta de su dormitorio, contando sus suspiros, espiando su sueño, oyendo con fatiga indecible su respiracion desigual y débil.

Teobaldo iba enflaqueciendo, iba enfermando tambien con aquella vida, pero ¿qué le importaban aquellos desvelos, aquellos insomnios, aquellos prolijos cuidados? si eran todos para la única persona á quien amaba en el mundo y si ella al fin le premiaba todos sus afanes, con una mirada, con una sonrisa, con un apreton de manos, que interpretaba todo lo que sentia su corazon, y mucho más tambien.

Llegó un dia en que Luisa tuvo que guardar cama

El médico meneó tristemente la cabeza, cuando la tomó el pulso y oyó bullir bajo su pecho, la sangre que se desprendia de los ya aniquilados pulmones.

Cuando se marchó el doctor, Teobaldo creyó morir. Se encerró en su gabinete y pasó todo aquel dia llorando.

Por la tarde fué al dormitorio donde moria el ángel de su vida.

Nada más poético, ni imponente, que aquel aposento en aquella hora.

La luz amortiguada penetraba débilmente por las cortinas azules de las ventanas, bañando la habitacion de un tinte vago y misterioso. Los sillones altos y negros parecian fantasmas redondos y pesados que se agrupaban alrededor del lecho. Bajo unas colgaduras inmensas de damasco azul reclinada en un ancho edredon

blanco destacaba una cabeza pálida y una rubia cabellera dividida en hermosos bucles.

Cuando Teobaldo entró en aquella habitacion, Luisa le mandó acercarse al lecho y le dijo: voy á morir, no llores, esto debia suceder un dia ú otro. Si ves mis lágrimas no creas que las derramo por el dolor que me produce la vista de la muerte, sino por el martirio que me causa una separacion. Te amo y te pierdo. Cuando vuele al cielo pediré á Dios que me conceda ser tu ángel custodio, el que enjugue tus ojos y acaricie tus lábios, yo haré esto, te amaré en espíritu, si tú juras serme fiel, no olvidarme, no entregar tu amor á otra muger más venturosa, pero si me olvidases, perdóname, Teobaldo mio, pero como te amo tanto, seria el demonio del remordimiento y mis celos despedazarian tu corazon.

—Y dijo con tan majestuosa entonacion estas últimas palabras, que Teobaldo creyó ver en su rostro hasta entonces tierno y puro, algo de fantástico y terrible.

=Juro amarte, exclamó Vargas, juro no olvidarte, Luisa mia, y agarró las manos de la niña y las llevó á sus lábios.

Retrocedió espantado.

¡Luisa! ¡Luisa! gritó.

. . . .

Estaba muerta.

CAPÍTULO II.

Tinieblas.

Pocas horas despues el cuerpo de Luisa dentro de una caja forrada de seda blanca descansaba sobre un catafalco rodeado de enormes cirios encendidos.

Al aposento en que estaba tan lúgubre depósito se habia tapizado de paño negro y en una pared se habia colgado un enorme crucifijo de madera.

¡Qué cuadro!

El Cristo, la difunta vírgen, uno enfrente de otro.

El que ha muerto por todos, y á sus piés la pobre criatura que habia muerto de amor; el Autor de la vida, y á sus piés la muerte; lo Eterno, lo Absoluto, lo Inmortal y á sus piés, el polvo, lo finito, la nada. El Cristo, vertiendo hasta la última gota de su sangre sobre la cabeza de la jóven vírgen, inundando aquel lúgubre cadáver de una mirada de perdon y de misericordia. El cadáver, envoltura terrena de un alma que habia volado al Paraiso, sombrío y yerto, helada en sus inanimados lábios una sonrisa nacida

en el umbral de otro mundo, sonrisa celestial é inefable dibujada con el dedo de Dios y que no respondia á ningun recuerdo ni alegría mundana.

Mientras se hicieron todos los fúnebres atavios de aquel lúgubre aposento, Vargas estuvo encerrado en su gabinete.

Llegó la noche, y Teobaldo entró en el aposento que momentos antes habitaba Luisa. Vió sobre un sillon los vestidos de la pobre jóven, miró unos zapatitos que asomaban por debajo de la cama, encima de la cual estaban las blancas sábanas revueltas y aún tibias. En aquel instante el pobre jóven recordó todos los momentos de su niñez.

¡Aquellos años habian pasado arrastrando tras sí todas las dulzuras de la primera pasion, todos los sueños de la primera edad!

No pudo reprimir su dolor, y cayó de hinojos al suelo, besando con febril ternura aquellos vestidos, aquellas prendas del ángel de su vida.

Ansió verla una vez más, bajó precipitadamente la escalera, y llegó al aposento donde estaba Luisa.

Aquella habitacion enlutada, el sombrío crucifijo, los cirios que chiporroteaban oscilantes, el alto catafalco que dejaba ver una silueta blanca de la cual sobresalian unas manos entrelazadas, sosteniendo una pequeña cruz, y un rostro donde la muerte habia impreso todas sus tristezas, infundieron en su alma una impresion de dolorosa agonía, difícil de esplicar.

Cayó de rodillas al suelo y oró convulsamente.

¡Cuántos años hacia que sus lábios no ha-

bian murmurado una plegaria, tan profundamente sentida por su corazon!

Él, que sistemáticamente, ahogado su corazon por los vapores del orgullo y envuelto entre las densas nieblas de sus filosofías, habia dudado de todo, al hallarse frente á frente con la muerte, que al lado del catafalco, le señalaba impasible las abiertas puertas, de una justiciera eternidad; al mirar el inanimado tronco de la niña á quien tanto habia amado, sorprendida por la fatal guadaña, entre flores y auroras; al hallarse en el umbral de ese terrible mundo donde caen las vendas que ata el egoismo y la vanidad, donde desaparecen la ciencia y el poder, oyó una voz que hablaba fuerte dentro de sí mismo y cayó al suelo atolondrado, sacudido violentamente por los más terribles pensamientos.

Teobaldo al hallarse frente á Luisa comprendió que habia perdido su vida, que era un desventurado, que en vez de entregarse á una ciencia de fantasmas, debia haber aprovechado su juventud, amando á la que tanto le habia amado.

Recordó las últimas palabras de Luisa. Pensó en Dios y tembló ante su mirada. Tembló ante el cadáver de Luisa, cuyo espíritu quizás vagaria irritado en su alrededor.

Miró á Luisa y se horrorizó.

Creyó que era una fascinacion de sus sentidos. ¡Luisa le miraba, triste, suplicante, como implorando misericordia.

. . . .

Cuando se hallaba muy lejos de su casa, oyó que las campanas de las parroquias tocaban á fuego.

Un pensamiento horrible vino á herir su mente. . . . .

Cuando llegó á su casa era ya muy tarde. Su casa era un volcan.

Ofreció toda su fortuna si sacaban ileso de las llamas el cuerpo de Luisa, pero nadie se atrevió á entrar en los remolinos de fuego, que cual las furias retorcian en el espacio sus inflamadas cabelleras.

Desesperado, despreciando su vida penetró en aquel mar de fuego, y los curiosos que llenaban la calle, exhalaron un grito de terror. Viósele aparecer entre las llamas y desaparecer entre ellas.

Empezaron los techos á desprenderse uno detrás de otro, haciendo un estrépito horrible; y los que momentos antes no habian tenido valor para librar de las llamas un cadáver á cambio de una fortuna, alentados por el ejemplo y llenos de caridad y de entusiasmo, se arrojaron valerosamente dentro de aquel volcan para salvar de las ruinas y las llamas á un desgraciado loco.

Cuando Teobaldo apareció en brazos de sus salvadores, el público aplaudió entusiasmado y conmovido.

Momentos despues la casa quedaba reducida á cenizas humeantes.

. . . .

Al dia siguiente Teobaldo marchó á una quinta que tenia á poca distancia de Sevilla, en el visitado pueblo de Santi-Ponce.

La soledad abria ancho campo á la meditacion y al estudio, y una imaginacion volcánica y una razon perdida entre las teorías de absur-

dos sistemas, sofocada además por un dolor que no reconocía límites, tenia que propender á fantásticas ideas y á razonamientos verdaderamente desconsoladores.

Fijas siempre en su mente las últimas palabras de Luisa, Teobaldo pensaba que era una confesion anterior al mundo espirita, y creia que vivia al lado suyo, que era el viento que murmuraba á su oido, la flor que se doblaba á su paso, el ave que gemia en la enramada, el aire que respiraba, el agua que bebia.

Sus menores acciones las creia aconsejadas por ese espiritu querido que vagaba á su alrededor, el más frívolo pensamiento era una inspiracion del mismo espíritu.

No era ya el recuerdo amoroso, era el pensamiento esclavo siempre de una misma idea, el menor instante de olvido traia consigo el mayor remordimiento.

Él mismo se creia un autómata.

Si lloraba, era que Luisa punzaba sus ojos, si cantaba era que Luisa gorgeaba en su garganta, si sonreia, Luisa jugaba con sus lábios.

Era una vida imposible, llena de misterios, de zozobras y dudas.

¿Dónde estaba Luisa?

Sus últimas palabras lo indicaban, al lado suyo, no al lado de Dios; siguiendo si la escala ascendente para llegar á Él.

Para unos espíritus es una expiacion lo que para otros una mision.

Sería espíritu hasta que encarnase de nuevo.

Cuando pensaba en esto, recordaba que en la religion druidica, que fué quizás la maestra de Pitágoras, habia tres fases necesarias á toda existencia,

Las poesías de Taliesin y el Misterio de los Bardos, contienen las mismas creencias religiosas que han sido atribuidas á los Galos por los escritores romanos y griegos.

Los druidas, dice César, quieren persuadirnos que las almas no perecén, y que despues de la muerte pasan de uno á otro. (1)

Diodoro, Pomponio, Mela y el cordobés Lucano, todos están contestes en que los druidas creen que «las almas (umbræ) no vuelven á los silenciosos dominios del Erebo, ni á los pálidos reinos de Pluton.» (2)

Y Valerio Máximo, exclama, «los trataria de locos, si sus creencias no estuviesen protegidas por el manto griego de Pythagoras. (3)

Los bardos galos confesaban tambien la inmortalidad, la preexistencia y la transmigracion de las almas.

Teobaldo leyendo los trabajos maestros de Sharon Turner, Pictet y Amadeo Thierry, conoció las triadas en que los bardos esponian su credo y en ellas halló este fondo de doctrina.

Triada XIIª—Hay tres círculos de existencia: el círculo de la region vacía (cengant), donde, escepto Dios, nada hay de vida, ni de muerte, y ningun ser más que Dios puede atravesarlo: el círculo de migracion (*abred*), donde todo ser animado procede de la muerte, y el hombre lo ha atravesado; y el círculo de la felicidad (*gwynfyd*), donde todo ser animado procede de la vida y el hombre le atravesará en el cielo.

(1) Cæs.; B. G. VI. 14,
(2) Phars., I. 454.
(3) L. II., cap. VI, n. 10.

Triada XIII[a].=Tres estados sucesivos de los séres animados: el estado de esclavitud en el abismo (*annoufn*), el estado de libertad en la humanidad, y el estado de felicidad en el cielo.

Triada XIV[a].=Tres fases necesarias á toda existencia; el principio en *annoufn*, la transmigracion en *abred* y la plenitud en *gwyufyd*: y sin estas tres cosas nadie puede existir: escepto Dios.

Comparaba esta antigua doctrina con el moderno espiritismo, cuyo más celoso apóstol es el célebre Allan-Kardec y encontraba una gran consonancia de ideas.

Culpa suya era si las encontraba.

Por esa doctrina de la cual él era ciego discípulo sabia que en los espíritus existen diferentes órdenes, segun su mayor ó menor grado de perfeccion.

En el primer órden pueden colocarse á los que han llegado á la perfeccion: los espíritus puros; en el segundo, á los que están en mitad de la escala, los cuales se ocupan en la consecucion del bien, y en el tercero, á los espíritus imperfectos, que están aún al principio de la escala, siendo sus caracteres la ignorancia, el deseo del mal y todas las malas pasiones que retardan su progreso.

Los espiritus del segundo órden pueden hacer el bien, segun su grado de perfeccion, pues unos poseen la ciencia y otros la prudencia y la bondad; pero todos han de sufrir pruebas aun. (1)

¿A qué órden pertenecia el espíritu de Luisa? ¿Cómo saberlo?

(1) Allan Kardec.—Libro de los espíritus, p. 29.

Comprendia que estaba en el período *abred* ¿quizás se dispondria á sentir los preludios de la vuelta?

¿Seria necesaria su reencarnacion?

¿Habitaria otro mundo mejor que el nuestro ó volveria á la tierra?

Perdiéndsla de todas maneras para siempre, su mayor y único consuelo era que Luisa habitase el mundo espirita, vagando á su alrededor, siendo su invisible compañero.

Olvidarla, en ese caso seria un crímen, sería servir de purgatorio á ese espíritu amado.

Amar á otra mujer, sería condenarla á los suplicios del infierno.

¿Pero cómo pensar en amar á otra muger?

Él se creia un cadáver.

Le faltaba la vida, el sol.

Su naturaléza fué debilitándose poco á poco.

El cerebro, agitádo sin cesar por sombrías y nebulosas cavilaciones, robó al estómago el calor y la vida, y la tristeza más profunda arraigó en su pecho, minando lentamente su desventurada existencia.

Cayó enfermo y la medicina se confesó impotente para curarle.

Los médicos, al principio de aquella fúnebre anestesia, por prescribirle algo, le aconsejaron viajar y el pobre enfermo obedeció.

Recorrió Francia, Inglaterra, la hermosa Italia..... y ni el atolondrado París, ni el populoso Lóndres, ni la ondina del Adriatico, la perla de los mares, Venecia, curaron ni aliviaron aquella herida invisible.

Tal vez, aquellos viajes, contribuyeron á aumentar su triste demencia.

Fanático por el espiritismo y por toda esa ciencia de fantasmas, cuyos misterios se leen en las sombras del ultra-tumba, se aprovechó de esos viajes para conversar con sàbios espiritistas.

Robusteció sus conocimientos, es decir embrollose un poco más en el dédalo de esas ciencias nebulosas, y ansiando siempre comprender el término en que el espíritu se libra para siempre de toda envoltura grosera, viviendo solo al lado de Dios, ávido de sorprender las diversas transmigraciones, que sufre el alma para purificarse, para adivinar en qué forma tomaria cuerpo su Luisa adorada, ó qué órden ocuparia en la escala espirita, leyó y estudió profundamente cuanto libro nebuloso ha producido la fiebre de las imaginaciones soñadoras, desde Rig-Veda y Pythagoras, hasta Swdemborg, Juan Reynand y Allan-Kardec.

Volvió á Sevilla y sus pocos amigos le desconocieron. Veian en él algo de tumba, un cadáver que se animaba, una tiniebla que tenia figura humana y se movia.

El sol puro y brillante de Andalucía le hería, le agoviaba, odiaba al sol, solo amaba la sombra. El sol es la vida, la sombra la muerte. Él era un muerto.

La Cantabria, la antigua tierra de los Euskaros, la patria de Jaun-ilia, que tiene por cantar popular una epopeya digna de Homero, cuna del lenguaje, el suelo de los bosques, donde aun se adivinan en el silencio de la tarde los sacerdotes druidas en sus misteriosos y sagrados ritos, donde cada peña simila un dolmen, era el pueblo en que soñaba, el único en el cual creia

que podia ser, sinó dichoso, al menos no desgraciado.

El único, pues, que se hermanaba con su carácter. La tierra del sol, coronada de verdes pámpanos y cuya alegre cabeza desaparece en un cielo de turquesas, con todas las armonías de una eterna primavera y todos los encantos de una exhuberante juventud, no podia menos de herir á aquella alma desventurada que solo buscaba el triste susurro del bosque misterioso, las sombras gigantes de las montañas, el frio húmedo y el silencio de las cavernas y los ecos roncos del mar embravecido.

Recorrió el desventurado Teobaldo toda la hermosa y poética Guipúzcoa, vió sus aldeas escondidas unas bajo el follaje de sus añosos robles, enclavadas otras en altísimas montañas de granito.

Sorprendió toda la inocencia, el trabajo y la honradez del caserío, visitó las romerías, oró en los templos, pronunció en los ecos el nombre de Luisa, su adorado sueño, erró por los bosques siempre acompañado de sus recuerdos, siempre batallando con sus dudas, siempre alentando sus esperanzas.

¿En qué esperaba?

¡Quién lo sabe!

Llegó á Deva, vió su ria, su mar, sus bosques, sus montañas..... y creyó haber encontrado un asilo donde meditar, donde llorar y donde esperar, quizás un bien imposible.

Y en efecto, si Teobaldo pudiera ser feliz, en ninguna parte del mundo más que en la preciosa casa de campo que había mandado construir en valle tan delicioso y pintoresco, como el de

Astigarriguía pudiera gozar del espectáculo de la naturaleza y del encanto de la soledad.

En el lugar mas bello y escondido de la ría había un embarcadero de madera pintada, y en medio de las aguas estaba anclada una elegante barquilla, que tenía toda la esbelta forma de las góndolas venecianas.

Del embarcadero arrancaba una senda, que dividía un enmarañado bosque de robles y castaños, y cortando por medio de un rico y variado jardin, venía á morir ante una pequeña pero linda casa de piedra sillería.

La arquitectura había querido dejar en aquella construccion una miniatura de todos los órdenes, así es que lo que no podía menos de disgustar en conjunto por lo inarmónico que parecía, mirado en detalle encantaba los ojos.

Su principal fachada era del arte griego correcto, grandioso y aristocrático, y sus altas y elegantes columnas casi desaparecian entre las verdes y bordadas hojas de la trepadora yedra que crecía en oleadas desde el término de un riquísimo invernadero donde florecían las plantas mas bellas y difíciles. Lindaba este con un bosque de naranjos y limoneros, que recordaban en su verdor lozano y embriagador perfume, el sol fecundador de Andalucía.

Y por raro capricho, en la parte en donde la naturaleza, crecía salvage y poderosa; donde el añoso roble se enlazaba con el frondoso castaño y los arroyos corrían entre peñascos formidables, la casa tenia todo el aspecto, sombrío y triste, de un castillo de la edad media.

Era una miniatura de la morada de un señor de horca y cuchillo.

No faltaba ni el puente levadizo, ni las redondas torres almenadas, ni la gótica ojiva.... Aquel desórden podia acusar un gusto estravagante ó las manías de un enfermo.

Por lo demás, la quinta recordaba á Atenas, al siglo XIII y á nuestro siglo.

Tal vez aquella confusion en la arquitectura fuese un vivo remedo ó una desgraciada conclusion de la perturbacion de ideas de nuestro héroe

Él, tambien, en su pensamiento habia abrazado la metempsicosis india, la transmigracion egipcia, la migracion druidica, y el espiritismo con todas las nieblas de Pitágoras, Rig-Veda, Zoroastro, Talicsin, Swndemborg y Allan-Kardec.

Las habitaciones de la quinta respondian á un gusto severo y perfeccionado.

Podian pasar por un museo de preciosidades.

Los techos estaban ricamente adornados de pinturas alegóricas donde el sutil pincel de Greuzet habia dejado obras maestras, de ese dibujo vago é ideal, que parece trazado por los céfiros.

Habia en las paredes copias y originales de los mejores pintores españoles y estranjeros.

En los salones, patios y jardines se alzaban las estátuas más voluptuosas y bellas, concepciones ideales del arte griego, y los vaciados del correcto Torvalsen, Praxiteles sueco, que ha asombrado al mundo y enriquecido de obras maestras los museos del Norte.

Añadid á esto los prodigios de la platería de Wagner y Rudolphi, la cristalería de Bohemia, la cerámica de Sevres, y los bronces del Creuzot y tendreis formada una idea del asilo, donde Teobaldo esperaba la muerte.

Era una tumba enriquecida con todos los sublimes despojos de la vida del arte.

Quizás pensareis que Vargas vivia, sinó alegre, al menos no triste en tan encantado paraiso, y ved como el mundo se engaña como él se habia engañado. Vargas no habia sonreido una vez en los tres meses que habitaba la quinta.

Nada más puro y saludable que el aire que respiraban sus pulmones, y sin embargo, el color de su piel era más pálido que nunca, su voz estremadamente débil y su cuerpo tan estenuado que parecia que Teobaldo andaba y vivia como animado por una fuerza enemiga que se hacia superior á sus deseos de morir.

Sin duda que una idea tan tenaz, como triste y desconsoladora, torturaba á aquel pobre corazon enfermo que agonizaba entre tristes recuerdos y nebulosas doctrinas.

Nadie podia comprender la enfermedad que minaba lentamente á Teobaldo de Vargas.

No guardaba cama, jamás salia de sus lábios una queja que delatase un dolor físico, y la ciencia, aunque alarmada, no hallaba síntoma alguno que pudiera decidir del enfermo en un momento dado.

De cuando en cuando, quizás obedeciendo á un triste pensamiento que le presentaba un más triste fantasma, sus ojos perdian el brillo calenturiento que los animaban; las vibraciones de su pulso se retenian misteriosamente, y brillaba en su semblante algo de sobrenatural, una idea lumínica que lo transparentaba, una idea que atravesaba el mundo ultra-terreno, confundiéndose en las miriadas de espíritus que inundan los celestes espacios.

El pequeño mundo que habitaba Vargas habia enfermado con él.

La luz penetraba triste y temerosa por las descoloridas cortinas de su gabinete. Las acuarelas y los lienzos habian ennegrecido bajo la capa de un polvo impalpable, y el reloj de péndola marcaba con un monótono tic-tac las horas que marchaban lentamente anunciándose una detrás de otra, en voz baja como en el cuarto de un enfermo. La alfombra apagaba las pisadas, las puertas se cerraban silenciosas y el apergaminado Antonio habia entristecido como todo lo que rodeaba á su dueño.

Debia desprenderse de aquel gabinete algo parecido al frio que se escapa de una tumba abierta.

Habia en la atmósfera algo de cadáver.

Las mariposas que volaban balanceándose en los jardines alrededor de las rosas, cuando remontaban su vuelo y tropezaban con sus alas de oro y púrpura, en los vidrios empañados de aquel sombrío gabinete huian presurosas, los pájaros no anidaban frente á sus ventanas, el viento arrancaba la nube de perfumes de la clematida y la madreselva que crecian y se enredaban en las tapias, y hasta el sol no podia atravesar las cortinas de aquella estancia, no disipando nunca la melancólica sombra y el frio de aquella tumba.

Teobaldo, indiferente al sol, á los pájaros, y á la vida, tendido siempre en un sofá, leía ó meditaba sin exhalar un suspiro, sin derramar una lágrima, sin murmurar una queja.

Pasaron dias y dias sin que Teobaldo se dejase ver en el pueblo.

El tradicional tamborilero fué á darle la bienvenida, obsequiándole con un animado *zorcico*: fué remunerado largamente, pero no pudo más que preludiar el baile popular.

Se creyó que era una persona de alta importancia y la banda de música se creyó en el caso de honrarle haciendo un esfuerzo, ejecutando las piezas mas bellas y difíciles de su rutinario repertorio. Les sucedió lo mismo que al tamborilero.

El Alcalde quiso visitar y conocer al hombre que tanto dinero habia dejado en el pueblo con la construccion de su magnífica quinta, y el médico y el boticario se quisieron poner á su servicio. En vano fueron á su casa vestidos de frac azul con botones dorados, guantes amarillos y primitivos sombreros de copa alta, el médico y el boticario, lo mismo que el alcalde, fueron cortésmente recibidos por Antonio. Teobaldo pretestó estar enfermo y no salió de su gabinete.

Figúrense nuestros lectores los comentarios á que esta conducta estraña se prestaria, dado el hombre que tanto habia escitado la pública curiosidad.

Empezaron los cuchicheos y las averiguaciones y las calumnias, y empezó á ser mirado el andaluz como un ser sobrenatural.

El tamborilero afirmaba que era un hombre como todos, aunque se veia contradecido por un zapatero hombre rechoncho y cano que habia leido «El Hebreo de Verona,» y el cual afirmaba que Vargas debia ser un *masónico*, y que no dudaba que el diablo tuviese con él frecuentes entrevistas.

Apoderáronse la viejas de tan peregrina idea,

y en sus corrillos maquiavélicos, al compás de sus ruecas, no faltó quien dijo ser nuestro héroe un hereje excomulgado por la Sede Apostólica, y que condenado en vida habia de destruir la cosecha si los curas no le exorcizaban. Las jóvenes, sin embargo, siempre civilizadas tratándose de un ejemplar masculino jóven y arrogante, sostenian que era un castellano muy cumplido, y que simplemente padecia de *oriya*, color amarillo.

Los *esprits forts*, que eran tres ó cuatro antiguos carlistas *regenerados*, miraban en Teobaldo una víctima política, y tachaban al Gobierno de antiliberal y anti-racional cosa á que son muy dados los *esprits forts* españoles.

Por lo demás, tanto corrió el nombre del andaluz y tales dichos y congeturas de él se hicieron, que coincidiendo aquella época con la de los baños, época en que Deva se inunda de elegantes madrileñas, graciosas sevillanas y hermosas hijas de Castilla, tomaron á Teobaldo por diversion á tal punto, que los menos curiosos y los mas indiferentes no hacian sino rondar de dia y de noche la casa de nuestro jóven desventurado.

Bañista hubo que pasó un dia entero sentado frente al embarcadero antes mencionado, por ver si lógraba satisfacer su curiosidad.

Y aunque aquella parte de la ria era la que menos abundaba en *corrocones*, siempre habia tres ó cuatro barcas con una docena de lindas pescadoras, que pasaban inútiles horas espiando con ansia indecible la ocasion de poder ver al misántropo. Llegó sin embargo el dia en que tanta curiosidad se vió plenamente satisfecha.

Estaban una tarde sentadas unas elegantes jóvenes madrileñas, en la *Peña de los enamorados*, sitio de reunion por la tarde, cuando vieron venir por el camino de San Sebastián á Teobaldo de Vargas.

¡De cuántos cuchicheos, de cuántas miradas fué objeto nuestro jóven!

Es necesario decirlo: aquel *misántropo tan desesperadamente esperado*, fué declarado ante aquel bello tribunal, guapo, elegante y distinguido.

Esta sentencia favorable, se prestó á íntimos comentarios que quizás hubieran trastornado á más de una linda cabecita, sino hubieran sido destruidos por la aparicion de un nuevo personaje que venía en la misma direccion.

Parecia una figura escapada de un cuadro del maligno Callot, ó de un cuento de Hoffmam ó Edgar Poe.

Agobiada por un inmenso cráneo poblado á intérvalos de mechones de un rubio ceniciento, sobresalía una frente ancha y espaciosa donde parecía que el demonio habia dibujado con su dedo todas las sinuosidades del abismo. Hundidos en dos cuencas profundas, brillaban dos ojos azules, tan llenos de vida y de fosforescencia como estremadamente pequeños. Aquellos ojos tenian algo de estraño, algo de magnético.

Habia en ellos toda la terrible electricidad de la serpiente, ninguna mirada hubiera podido soportar aquella atraccion diabólica, terrible, fascinadora, incontrastable.

Aquellos ojos, escudriñaban, por decirlo así, con su mirada, hasta los senos mas recónditos del alma.

La nariz larguísima, afilada y corva venia á parar á una boca grande de labios finísimos adornados de un fino y retorcido bigote y una larga perilla, accesorios que prestaban á aquel semblante todo lo poco que le faltaba para completar el *Mefistófeles*.

Por lo demás, y para completar el retrato, era alto y estremadamente delgado, y su trage estaba en perfecta consonancia con su figura.

Hay hombres de los cuales se adivinan siempre los trajes. Al nuestro ni siquiera le faltaba el sombrero de jipijapa, ni el tabaco retorcido en forma de pipa.

Aquel hombre, verdaderamente estraordinario, andaba con tan nerviosa velocidad, que no obstante la distancia y el lijero paso que llevaba Teoboldo, fué alcanzado en pocos momentos.

No pudo menos el jóven de reparar en tan estraña figura.

El forastero le miró atentamente, y como invocando un recuerdo, le hizo una cumplida reverencia.

Parecia que le equivocaba con un antiguo amigo.

CAPÍTULO III.

Un rayo de sol animando un cadáver.

Antonio había podido conseguir de su amo que diariamente saliese al campo á reanimar sus estenuadas fuerzas.

El primer dia fastidióle no poco el encuentro con tantas personas que le despertaban recuerdos de la vida, y ansiando la soledad más absoluta, indagó los sitios más recónditos de los valles y montañas para pasearse en ellos solo acompañado de sus recuerdos inseparables.

A los pocos dias despues de los sucesos antes narrados, Teobaldo se dirigia al *Ossío.*

El camino que á él guia no es más que una cañada donde serpentea un arroyuelo.

Pero nada puede verse más bello que esa cañada misteriosa. El murmurio triste y lento de un arroyo que vá saltando entre guijas y flores, á un lado y á otro montañas cubiertas de verdura y erizadas de peñascos tapizados de musgo, miles de mariposas que vuelan á vuestro alrededor, ruidos inciertos que se levantan á vuestro paso, un ruiseñor que llora, un labrador que allá

á lo lejos canta, el viento que susurra á vuestro oido un lenguaje de amor..... ¡Oh! siempre acaba vuestro corazon por palpitar entusiasmado y vuestra mente por acariciar un pensamiento, un recuerdo vago, dulce, triste como la melancolía.

Si llorais un amor muerto, vuestra destrozada mente piensa en una dicha imposible, si alentais esperanzas os creeis al lado de vuestra amada, ¡bebiendo con voluptuosa delicia un soñado beso, si en realidad sois felices, si una virgen os ha dado su alma en cambio de la vuestra, la veis en todas partes, en la niña que juega con la flor que se mece, en el arroyo que murmura, en el pájaro que canta, en el ángel que va á vuestro lado embriagándoos el alma en felicidad.

Al subir un recuesto, siguiendo siempre al arroyo, al entrar en una gruta donde salta una cascada, en una palabra, al llegar á lo que propiamente llaman *Ossio*, Teobaldo retrocedió lleno de asombro como creyéndose víctima de una fascinacion.

En aquella gruta tejida con yedra, gigantescos helechos, hilos de madreselva y ramas de castaños, sentada en una piedra en la cual toma direccion la cascada que salta por unos escalones, tapizados de musgo, estaba una mujer casi niña, vestida de blanco, adornada su frente de una corona de yedra, y aérea y fantástica, como si fuera la driada de aquellos bosques.

Tegian sus manos una corona de pequeñas margaritas y nacientes helechos.

Quiso hablar Teobaldo, pero la emocion ahogó en su garganta la palabra.

Deslumbróse ante aquella aurora, ante aquella vírgen que destellaba lo divino.

Levantóse la jóven, saludó con una inclinacion de cabeza al profano que habia turbado quizá un idilio celeste, y marchó.

Teobaldo la miró partir y unirse con una mujer anciana que cogia flores en el valle.

Cuando la vió perderse allá á lo lejos ¡ay! entonces comprendió que la vida volvia á su corozon.

Un rayo de sol habia inflamado á aquel corazon muerto. Resucitaba el cadáver.

Inclinó sobre el pecho su cabeza, quiso mirarla otra vez más, pero sus ojos nada pudieron decir al alma.

Entonces asaltóle el recuerdo de Luisa.

Recordó sus últimas palabras y exhaló un profundo suspiro.

Volvió la cabeza lleno de asombro; el suspiro habia sido contestado por una carcajada burlona, satánica, interminable.

CAPÍTULO IV.

Vuelven las sombras.

Si la jóven se le apareció á Teobaldo, como la driada que habitaba aquellos bosques, seguramente que el nuevo personaje que veia en la gruta debia parecerle el sátiro que la perseguia. Era el forastero de la tarde anterior.

—«V. perdone, caballero, le dijo, si me he tomado la libertad de reirme de un suspiro que puede significar el nacimiento de un amor. No he hecho otra cosa que tomar una venganza. El amor ha sido siempre mi enemigo mas implacable.

No puede menos de haber sido tambien el suyo. ¡Oh! si lo presiento..... Estreche V. esa mano, es la de un amigo, añadió estrechando entre las suyas las de Teobaldo.

V. no se *acuerda* de mí, nada importa añadió.

Rara vez á los espíritus encarnados le es dada la facultad de reconocerse, pero se siente una atraccion irresistible. Dos séres son aproximados por circunstancias fortuitas al parecer, pero que se deben á la atraccion de dos espíritus

que se buscan por entre la multitud. Los encuentros que á veces tenemos con ciertas personas, y que se atribuyen á la casualidad, son efecto de unas relaciones simpáticas. Existen entre los séres pensadores lazos que el vulgo no comprende aún.

El magnetismo es la brújula de esta ciencia que comprenderá un dia (1). No me engaño, yo otra vez he estrechado tu mano. Tú querrás recordar mi nombre, ¿qué importa el nombre? No me *acuerdo* como me ha llamado la multitud en las diferentes encarnaciones que ha sufrido mi alma. Ahora este pedazo de tierra animado por el soplo de la vida se llama Oscar Aragochea.

Y Oscar estendió á Teobaldo una targeta de papel bristol.

Vargas contempló un momento á aquel estraño personaje.

El pájaro estaba frente á la serpiente.

—Ayer llegué á este pueblo, esclamó Oscar, y ya he tenido la satisfaccion de hacer un conocimiento que será útil para los espíritus que padecen.

—No comprendo, dijo Teobaldo, lo que usted quiera significarme con esas palabras.

—Hay espíritus que padecen, murmuró Oscar, al lado de las personas que han amado en la tierra. ¿Has amado?

—Sí, murmuró Teobaldo lúgubremente, he amado y he tenido el dolor de ver desaparecer ante mis ojos á la persona amada.

—¡Ah! desgraciada, exclamó Oscar.

—¿Desgraciada?—¿Y por qué?

(1) Espiritismo.—Allan-Kardec.

—Porqué la has olvidado ó tratas de olvidarla. He sorprendido un suspiro, y un suspiro es el llanto del corazon, pero tambien una manifestacion del deseo.

—¿V. vió...?

—A la niña que sorprendiste en la gruta.

Sí, la ví.....

Teobaldo inclinó la cabeza sobre su pecho.

—¿La amas? preguntó Oscar.

—No, respondió Vargas balbuceando.

—¡Oh! si la amases ¡qué horrible crímen!

—V. sabe.....

—Por qué no he de tener como tantos otros una segunda vista con la cual, no solo pueda adivinar el porvenir, sino leer lo que pasa en un alma inquieta atormentada por la duda y el remordimiento.

—¡Oh! no es posible....

—Y sin embargo, tiemblas al decirme esas palabra; temeroso de que yo sea el implacable Ithoveron (1) de tu vida.

—V. conoció á Luisa! esclamó Vargas con estupefaccion.

—Oye, Otheboldal fué la pregunta con que á la pregunta del atormentado Teobaldo contestó al discipulo iniciado de Allan-Kardec.

—¡Othebolda!

—Sí, Othebolda, ese fué tu nombre.

Y Oscar se pasó la mano por la frente, echó hacia atrás los mechones que manchaban su cráneo y estuvo largo tiempo como coordinando una série de sucesos que se agolpaban en su mente.

(1) Sacerdote del sortilegio y de la magia. Molotigia, Carrasco.

—El espíritu encarnado, esclamó Oscar, pierde el recuerdo de su vida pasada. El hombre no puede ni debe saberlo todo, y así lo quiere Dios en su sabiduría. A no ser por el velo que le oculta ciertas cosas, el hombre seria deslumbrado, como el que pasa sin transicion de la oscuridad á la luz. Gracias al olvido del pasado es más él mismo. Cuando el espíritu regresa á su vida primitiva, (la espirita), toda su vida pasada se descorre ante él; ve las faltas que ha cometido y que son causa de su sufrimiento, y lo que hubiera impedido á cometerlas; comprende que la posicion que se le ha señalado es justa, é inquiere entonces la existencia que podria reparar la que acaba de trascurrir. Busca pruebas análogas á aquellas porque ya ha pasado ó aquellas luchas que cree propicias á su progreso, y suplica á los espíritus superiores á él á que le ayuden en la nueva tarea que emprende; porque sabe que el espíritu que le será dado como guia en la nueva existencia procurará hacerle reparar sus faltas, proporcionándole una especie de intuicion de las que ha cometido. Esta intuicion es el pensamiento, el deseo criminal que con frecuencia os asalta y al cual os oponeis instintivamente, atribuyendo la mayor parte de las veces vuestra oposicion á los principios que de vuestros padres habeis recibido, siendo así que es la voz de la conciencia la que os habla, voz que es el recuerdo del pasado, y que os previene para que no volvais á caer en las faltas que ya habeis cometido. Ya en su nueva existencia el espíritu, si sufre con resignacion las pruebas y resiste á ellas, se eleva y asciende á las gerarquías de los espíritus, cuando vuelve á encon-

trarse entre ellos. Hay mundos en que sus habitantes tienen recuerdo de sus pasadas existencias,pero en el nuestro raro es el que descorre el velo de las sombras. (1)

Yo leo en tu pasado. Soy el profeta que viene á decirte ¡sálvate! No ¡cometas el crimen que siempre has cometido.

Te opones instintivamente á olvidar á Luisa, no la olvidés, solo así te elevarás á las gerarquías celestiales donde ella vive embriagada en tu recuerdo, y á ella la libertarás de nuevos martirios.

—Pero Luisa....

—Escucha.

---

(1) Espiritismo. Allan-Kardec.

CAPÍTULO V.

Una aurora de tinieblas.

Ye veux parler de sa manie de nier ce qui est, et d'espliquer ce qui ets pas.
Edgar Poe (traduccion *Baudelaire.*)
¿Est ce vrai?
Oui, ¡mais qu' importe?
Balzac:

En el principio todo era caos y los elementos estaban confundidos en monstruosa amalgama.

Poco á poco cada cosa fué ocupando su lugar, y entonces aparecieron seres vivientes y apropiados al estado del globo.

La tierra contenía los gérmenes que esperaban para desarrollarse el momento favorable.

Los principíos orgánicos se reunieron apenas cesó la fuerza que los tenia separados, y formaron los gérmenes de todos los séres vivientes. Aquellos permanecieron en estado latente é inerte como la crisálida, hasta que llegó el momento propicio al nacimiento de cada especie; y los séres de cada especie se reunieron y se multiplicaron entonces.

Los elementos orgánicos antes de la formacion de la tierra, se encontraban en estado de fluido, por decirlo así, en el espacio, en medio de los espíritus ó en otros planetas, esperando la creacion de la tierra para empezar una nueva existencia en un globo nuevo.

La especie humana se encontraba entre los elementos orgánicos contenidos en el globo terrestre y llegó á su tiempo, lo que hizo decir que el hombre fué hecho del barro de la tierra. (1)

Yo estaba á tu lado cuando Dios te dió el soplo de la vida, te hablo ahora, te hablaré cuando pasen mil generaciones.

La muerte es una mentira. El Ser y sus obras son inmortales.

Pero mudóse tu envoltura terrena. En palabras humanas, moriste. Te convertiste en polvo; pero sobre el polvo cayó una gota de agua y de la fermentacion de un grano de simiente brotó la fecundacion de aquel pedazo de barro y el barro dió la vida á una hermosa planta.

La planta llegó un dia en que produjo una flor.

Todas las noches tu errante espíritu se cernia sobre sus pétalos. Un dia vino una mariposa y se posó sobre el cáliz de la flor.

Tu espíritu la dijo ¿quién eres? Yo he respirado otra vez tu aliento perfumado, y ella respondió entonces.

«Tu voz resuena en mí con ecos dulcísimos. Tú fuiste mi amor en la primera vida.

—Mi dulce compañera, bebe en mi cáliz el beso que te envio, beso de paz y de recuerdo.

(1) Libro de los Espíritus.—Allan-Kardec.

Al dia siguiente se doblaba tu tallo, pocos dias despues eras una planta marchita, un dia de sol te redujo á polvo de nuevo.

Tu único destino era estar dentro de un agujero de un altísimo peñasco, en cuya base rompia el mar su formidable cólera.

Una mañana se levantó un huracan, te estremeciste y saltaste fuera de tu asilo.

Abrió una perla su concha y te recibió en su seno.

Tu espíritu quedó errante sobre las aguas.

Llegó un dia en que otra perla se apoyaba en tu concha.

Dos espíritus sobrenadaban en las olas.

Sus quejidos eran las notas que el viento llevaba á las playas de Alejandría.

Pasó algun tiempo.

Dios se compadeció de vuestras penas.

Escucha atento cómo se obró vuestra reencarnacion.

Cleopatra, la poderosa y célebre reina de Egipto, infundiendo sospechas al romano, habia sido citada en la Cilicia, por Marco-Antonio, para responder de los muchos y graves cargos que se le imputaban.

Cleopatra contaba entonces veinticinco años y estaba en toda la plenitud de la hermosura. Mujer y hermana de Ptolomeo, proclamada diosa Evergetes, reina viviente de las regiones del cielo y de la tierra, preferida del sol, avasalladora del vencedor en cien batallas, el gran César que habia caido á sus piés muerto de amor y deslumbrado por aquella aureola de luz; no temió de Marco-Antonio la antigua y heróica severidad de los romanos, y poniendo sus esperan-

zas en ella sola, que habia robado la voluptuosidad á Venus Aphrodite, y haciendo buena provision de ricos presentes, prodigios de las Sericas y de la Fenicia, perlas de un oriente perfecto, estrellas de esmeraldas, túnicas de púrpura teñidas tres veces, trabajos incomparables de marfil y espejos de acero rodeados de piedras preciosas, se puso en camino dispuesta á hacer del juez implacable la más sumisa de las víctimas.

Despues de haber atravesado el mar de Pamphilia, entró en el Cydnus y subiendo este rio, abordó á Tarsis.

¡Cómo la recuerdo!

Jamás se ha visto ni verá un tren mas soberbio, rico y esplendoroso que el suyo.

Mirado de lejos, los barcos que subian el Cydnus, parecian una ráfaga de fuego y de oro, un horizonte de púrpura que se habia desprendido del cielo, las llamas de un incendio que avanzaban por las aguas.

De cerca se veia que aquellas llamas, que aquella ráfaga de fuego y de oro; eran las velas de púrpura tachonadas de estrellas de plata y de oro de las galeras de la reina.

Nada más mas magnífico que aquellas embarcaciones estrechas, entrelargas, alzadas en sus estremos en forma de cuarto de luna naciente, esbeltas de proporciones, admirablemente construidas para la marcha, con sus cincuenta remos largos y planos que andaban sobre el agua como las patas de escarabajos gigantescos.

Precedida de las galeras, sobre cuyas cubiertas se veían colocados en órden los bufones

griegos, los citaristas, flautistas y cantores que daban al aire sus armoniosos cánticos ensalzando las victorias de Eros, navegaba la galera real, en cuya proa se alzaba una cabeza de carnero terminada en una bola de oro.

Detrás de esta marchaban las embarcaciones que contenian presentes, esclavos y ricos equipajes.

El casco de la galera régia parecia de oro. Las velas eran de púrpura, de seda los cables, de plata las cadenas.

Un pabellon de tisú de oro se habia levantado sobre cubierta y bajo el pabellon aparecia la reina, cuya mirada dulce y traidora hizo perder la mitad del mundo: la reina de Egipto, Cleopatra con su cabeza adorada y divina, la mujer mas completa que ha existido, tipo ¡admirable, que no es ni Venus Aphrodita, ni la tímida Psichis, ni Leda, ni la dulce Io, y al cual los poetas no han podido añadir nada, y los soñadores han encontrado siempre mas allá del non-plus-ultra de sus sueños insensatos.

Una lijera nubecilla rosada se habia estendido bajo la transparente piel de sus megillas, sin borrar ese tinte pálido que el Amor y el Deseo dibujan bajo los ojos de las mujeres del Mediodía. Su frente, poco elevada como todas las frentes antiguas, pero de una forma perfecta, se unia por una línea irreprochable á una nariz recta y severa, la boca, dibujada por los Amores y los Céfiros y concluida por la Tentacion, tenia el labio superior desdeñosamente arqueado, pero una voluptuosidad desenfrenada, un ardor de vida increible centelleaba en el lustroso y húmedo carmin de su lábio inferior. Sus ojos tenian es-

trechos párpados, cejas pequeñas y casi sin inflexion. Habia en aquellos ojos algo de palpitante, algo de incendio, una limpidez extraordinaria, una tentacion, una molicie, un ensueño vaporoso, una languidez amorosa que llamaba al beso sin cesar.

Cada mirada de sus ojos era un poema superior á los de Homero ó de Mimnermo.

Aparecia con el lijero traje que la estatuaria griega, amorosa siempre, ha modelado á Venus Anadyomena.

Sus cabellos sueltos coronados de lotus y de juncos, como una deidad marina corrian en cascadas negras sobre sus desnudas espaldas y pendian como maduros racimos al largo de sus bellas megillas.

Si Phidias hubiera sido su contemporáneo y hubiera podido verla, rompiera su Venus lleno de enojo.

Rodeada se miraba la reina de las más bellas esclavas, representando unas Nereidas y las otras Gracias, y no obstante su hermosura, sobresalia Cleopatra como el cedro en un bosque de mirtos.

Todo el pueblo de Tarsis corrió á la ribera del Cydnus.

Se estendió la noticia que el barco de las velas de púrpura traia á la Venus egipcia, Hatthor, para labrar la dicha del Asia.

Apenas Cleopatra puso pié en tierra encontró á los mensajeros que le enviaba Antonio para invitarla á cenar en su compañía.

La altiva reina les respondió que ella le aguardaba bajo la tienda que sus esclavos alzaban en aquel momento en la otra margen del rio.

Oscar calló un momento.

—¡Qué tiene que ver Cleopatra con mi historia! exclamó Teobaldo, acaso Luisa fuese....

—La víctima siempre de tus rigores.

—¡Oh! no es posible.

--Escucha.

Marco-Antonio amó á la reina.

El adusto é implacable juez convirtióse en el tierno, rendido y obsequioso amante.

Los dias corrian fugaces entre los placeres que da Baco y completa Venus.

Un festin reemplazaba á otro festin.

El viento siempre vagaba impregnado en perfumes y armonías.

Antonio no salía de la admiracion que le causaba la vista de la riqueza imponderable que aquella mujer seductora presentaba ante sus ojos.

Un dia al ver sobre la mesa del banquete número exhorbitante de copas de oro cuajadas de rica pedrería, jarrones indios, caprichosos adornos de coral y nácares, todas las maravillas de los festines antiguos, preguntó á Cleopatra á cuanto ascenderia el gasto diario de su mesa.

Cleopatra le respondió friamente que gastaria un millon.

Antonio pensó que tal cifra suponia un exagerado alarde de vanidad y nombró á Numancio Planco juez y tasador del próximo convite.

Al dia siguiente se dió el banquete, igual al de los dias anteriores.

Antonio esclamó con el acento burlon que le caracterizaba que aquellos manjares no podian costar en manera alguna ni mil sestercios.

Cleopatra sonriendo le respondió, espera,

este no es más que el principio, quiero probarte que yo sola puedo hacer el gasto que tan exagerado te parece.

Y así diciendo, ordenó á sus eslavos que le trajesen una segunda mesa. Sobre ella puse yo una copa de plata llena de vinagre.

Antonio sorprendióse de aquel aparato.

Cleopatra tenia alrededor de su cuello una sarta de perlas capaces ellas solas de enriquecer un reino.

Lo arrancó de su cuello y señaló á un esclavo dos perlas, las más grandes y bellas que jamás se han visto.

Quebróse el engarce de oro entre las negras manos del etiope y presentó de rodillas las perlas señaladas.

Cada una fué apreciada por Numancio Planco en un millon.

Cleopatra tomó en su mano la copa llena de vinagre y arrojó dentro de aquel líquido una de las perlas. El vinagre la disolvió rápidamente. Brindó por Roma y el Amor y apuró con sus rosados labios aquella costosa y singular bebida. (1)

Echó la perla que restaba en otra copa y esclamó; Antonio ve como regalo á mis esclavas. Yhira, bebe, y estendió la copa á una vírgen griega, más hermosa que la luz del dia.

Yhira bebió.

Antonio fijó sus ojos en ella.

Cleopatra sorprendió aquella mirada.

Le pareció que aquella mirada abrazaba en amorosos lazos al alma vírgen de la hermosa jonia.

(1) Rollin.—Histoire antique. t. 4.

Creyó por un momento que tenia una rival y este pensamiento encolerizóse en su mente.

Juró vengarse.

. . . .

Tu espíritu vagaba alrededor de Cleopatra aconsejándola la piedad.

El espíritu de tu amada aconsejaba á Yhira la sumision.....

—Luego las perlas, interrumpió Teobaldo.... ¿fueron animadas por nuestros espíritus?

—Sí... las perlas fueron animadas por dos almas, era llegado el momento de vuestra reencarnacion. Escucha.

—¡Oh! continúa, murmuró Teobaldo con impaciencia.

—Antonio comprendió todo lo que pasaba en el corazon de la egipcia, y deseoso de exacerbar cuanto pudiera á aquel corazon de mármol, pidió á Cleopatra aquella esclava, aun cuando su adquisicion le costase una provincia del Imperio.

Cleopatra sonrió ferozmente y le entregó la jonia al par que llamaba con su mano al más horrible de los bufones, que habian representado farsas durante el banquete.

—Tomad vuestra jonia y desposadla con vos esta noche, será igual pareja á la que Sciulo hará conmigo cuando vengan las horas negras.

Yo me estremecí.

Amaba á Yhira.

—Carso, me dijo Cleopatra, entrega á la vírgen jonia.....

Antonio comprendió toda la hiel y el sarcasmo que habia en los lábios de la reina.

—Y ahora, Sciulo, sube sobre las gradas de mi trono. Esclavos, cantad á vuestro rey.

Se alzó de todas partes un sordo murmullo que acabó en una contenida carcajada.

Un etiope, corcobado, tuerto, horrible, encarnacion de Momo y las Furias, se arrastraba como una babosa sobre la púrpura que pisaba Cleopatra, temblando de terror.

¡Levántate! ¿qué haces á mis piés? ¡al lado mio!

Y las blancas manos de la diosa acariciaron suavemente el velludo y feo rostro de aquella caricatura.

Parecia una larva, un sucio gusano, colocado en el boton de una rosa.

Los citaristas templaron sus instrumentos, las vírgenes bailaron á su compás, y los esclavos derramaron sobre el trono flores y perfumes.

El sol y la noche se miraban.

Al dia siguiente los soldados romanos que veian á Yhira arrojada de la tienda de su general, la requerian groseramente.

La jonia alzaba al cielo sus ojos y lloraba.

Como tímida oveja corria huyendo de aquellos lobos.

La ví y fuí en su socorro.

La tomé en mis brazos, y hubieron de ver aquellos feroces y desalmados romanos algun rayo de Nemesis cruzar por mi frente encolerizada, porque se detuvieron y me miraron con terror.

—¡Oh Yhira! huye lejos de estos lugares donde reina la Muerte, la dije.

—Sí, sí, Carso mio, me respondió entre sollozos.

En aquel momento una galera marchaba á Egipto y pude lograr de Marum-Ra, uno de los

pilotos más esperimentados, que llevase á Yhira en su compañía, salvándola así de la cólera de Cleopatra.

Nos prometimos mútuamente amistad y secreto, y el buque de las velas de púrpura me separaba de mi amada para siempre.

Corrí á la tienda de la reina y me horroricé!

¡Qué horrible espectáculo!

Revolcándose en un lecho de flores estaba el horrible Sciulo luchando con las agonías de la muerte.

Su único ojo miraba á Cleopatra que contemplaba indiferente á aquel espantoso cuadro de fealdad y degradacion.

Sus crespos cabellos, coronados de lotus, empezaban á humedecerse con el frio sudor de la agonía.

Su boca, grande y desgarrada, reia estúpidamente.

En sus frios lábios aun titilaban algunas gotas de un veneno tan rápido en producir la muerte, como torturador.

Cuando Antonio entró en la tienda de la reina, esta le preguntó ávidamente por Yhira.

El romano alzó los hombros despreciativamente.

Cleopatra sonriendo con indecible desden, señaló al cadáver de Sciulo, y apoyándose amorosamente en el brazo del general, le dijo: mira, soy mas afortunada en mis conquistas, vé ahí un hombre que ha muerto diciendo que me ama.

. . . .

El miserable etíope acababa de morir pronunciando el nombre de Cleopatra.

. . . .

—Eso es horrible, esclamó Teobaldo.

—Tiempo despues nacian dos seres.

—Dios mio! gritó Vargas, yo soy el hijo.....

—De Sciulo el etiope.

Como una gota de aceite penetra en una lápida de mármol, así vuestros espíritus habian traspasado aquellas dos encarnaciones.

La materia era animada por el espíritu.

Ambos volvíais á la vida.

Calló Oscar.

Sus cabellos estaban erizados, sus lábios trémulos, su cuerpo convulso, su mirada como velada por una sombra.

Habia hecho un gasto estraordinariode fuerza magnética, se habia puesto en relacion con los héroes mas antiguos, con los tiempos mas alejados de nosotros, y aquel esfuerzo habia hecho honda impresion en su naturaleza.

Necesitaba descansar.

No ménos necesitaba de reposo el alma conturbada de Teobaldo.

CAPÍTULO VI.

Una tempestad.

¡Qué horrible noche!

Sciulo, llamándole hijo, Cleopatra, Yhira, Luisa, acusándole de un crímen... ¿cuál era este?... Marco-Antonio, Oscar, las velas de púrpura, el lecho de flores, la agonía... todo pasando ante sus ojos en rápido torbellino, deteniéndose sobre él algunas sombras y agoviándole bajo su peso... ¡qué noche! qué horrible noche!

¡Qué dolorosas son las misteriosas torturas de la pesadilla!

Pero el despertar fué mas doloroso aun.

A Teobaldo le parecia que el sol que veia, no era el sol que habia iluminado su cuna, tiñendo de rojo las cúspides de las pirámides y las garras de las esfinges.

Los séres que le rodeaban le parecian séres quiméricos, larvas que se movian en la sombra.

Los bosques de castaños, su magnífica quinta, las canciones del *chapelgorri* eran los vidrios de una línterna mágica, nada de aquello le parecia que tenia forma real... creia que los per-

files se borraban, cayendo uno detrás de otro, y apareciendo la ciudad de los Ptolomeos... con sus gigantescos edificios, con su rio poblado de cocodrilos que llorando como niños mueven sus ondas semejantes á facetas de plomo.

Miraba el retrato de Luisa... y la creia ver con su pequeño casquete de oro, con su bordado calasiris...

Y alrededor de todos estos recuerdos miraba una imágen celestial que revoloteaba en torno suyo como una mariposa...

¿Quién era? ¿Dónde la habia visto?

Y ante aquellas preguntas su pensamiento abandonaba los sueños insensatos, las regiones ideales de lo desconocido, y del mundo de nieblas de lo pasado se veia trasportado á la tierra, á la morada de los hombres, al mundo presente, lleno de encantos, lleno de juventud, ebrio de placeres.... mas tangibles, más verosímiles que los que le finjian sus sueños delirantes, sus doctrinas malaventuradas.

Era un delirio, un vértigo.

Un delirio vertiginoso, un vértigo insensato y delirante.

Se veia encadenado á aquel mundo de sombras...

—Pero ¿por quién?—¿qué mano ataba aquellas cadenas?

¿Qué crímen habia cometido para seguir unido por vínculos eternos é impalpables, á aquel cadáver que le perseguia apoyado en su corazon, pidiéndole siempre misericordia?

Luisa? habia existido realmente en otro mundo siendo su amante? ó Luisa, no era más que el primer canto de un poema cortado por las Parcas?

Si era lo primero, ¿jamás se veria libre de aquel amor no satisfecho, nunca cortado, siempre doloroso?

¿Qué crím-n habia cometido él para seguir eternamente á aquel fantasma?

—¿Y si Luisa solo era una mujer que le habia amado, que habia cantado esa dulce cancion de la primavera del alma, por ventura aquel amor le ligaba mas allá de ultra-tumba?

Suponed una generacion fiel á otra generacion, y la obra de Dios se concluiria por los hombres.

Dar un adios supremo al so!, á las flores, al canto de los pájaros, á la lozana y henchida primavera, no ver las almas que tililan en l s ojos azules, ser insensibles al fuego que cruza por las negras pupilas, ser de mármol al dulce eco de unos lábios de rosa que gorgean balbuceando el cántico de la vida, mirar en el mundo una tumba... ser sordo, ciego, mudo... y subir la senda de la vida con los ojos fijos en el abismo y el pensamiento en un oceano de tinieblas, donde se estremece á lo más una esperanza, es un sueño quimérico, una ilusion terrible, que á no ser ilusion, sería la más cruel de las realidades.

Teobaldo queria pensar en la mujer que viera en el *Ossío*, y sin embargo, no tenia resolucion para ello.

Pensaba en ella á hurtadillas, como engañando á su conciencia.

Las últimas palabras de Luisa zumbaban en sus oidos. Toda la naturaleza se animaba para repetirlas.

Las palabras de Oscar acababan de ahogarle en aquel oceano de dudas.

¿Era posible que fuese cierta aquella historia?

¿Los espíritus encarnados no tienen el olvido completo de sus existencias anteriores?

La ciencia sombría que le daba la razon, le negaba lo mismo que le acababa de afirmar, suponiendo séres más perfectos que la generalidad que pueden entreveer los más escondidos arcanos.

¿Y quién podia asegurarle que Oscar, en lugar de ser un loco, no fuese una de esas privilegiadas naturalezas?

Sentia que su cabeza se le rompia, que saltaba como si fuese de cristal.

Tuvo que abrir las ventanas de su gabinete para no asfixiarse.

Conocia que estaba próximo á la demencia.

Comenzaba ya á dar á los objetos que le rodeaban formas raras y caprichosas y á pensar en las mayores estravagancias, queriendo resolver los problemas más absurdos.

Tuvo que asirse al recuerdo de la mujer que viera en el *Ossio* para recobrar la tranquilidad de su mente.

Pero entonces sintió que la tormenta corria á su corazon.

Hubo un momento en que Vargas se hizo esta pregunta terrible. ¿la amo?

Su corazon latió rápidamente.

Y la imágen encolerizada de Luisa salió al encuentro de aquella pregunta, apostrofando cruelmente al que iba á ser perjuro.

Aquella tempestad acabó en lágrimas.

Vargas lloraba su desventura.

CAPÍTULO VII.

Prosigue la tempestad.

Teobaldo ansiaba saber el fin de su historia, ávido de encontrar en ella la página del crímen ó del amor que le había unido á Luisa para siempre: union incomparable, llena de delicias melancólicas hasta el momento en que su corazon habia dormitado entre los recuerdos de su niñéz, pero union cruel, desde que había conocido que su corazon queria recobrar su eterna libertad.

Un ser habia en el mundo que pudiese recorrer con la mente las etapas misteriosas de lo pasado, descifrando los mas impenetrables geroglíficos, dando esplicacion á los arcanos mas escondidos y velados, y así, para recobrar la paz del alma, buscaba ávidamente á Oscar, sér para él incómprensible bajo el punto de vista terreño, y á quien en su imaginacion revestía con las más fantásticas cualidades.

¡Y cosa estraña, casi sin darse cuenta de ello, todos los dias se encaminaba al *Ossío*!

Se sentaba en la gruta y pensaba en Luisa, pero al mismo tiempo con la acerada cuchilla de

un corta-plumas grababa una fecha en la dócil corteza de una rama de castaño.

¿Qué fecha era aquella?

Vosotros podreis adivinarlo.

¡Quién de vosotros no guarda el recuerdo de un dia dichoso!

Teobaldo buscaba en el *Ossio* á alguien más que á Oscar.

Una niña buscaba tambien, pero por otra parte, á un jóven, que había turbado su alma, y hé aquí como dos almas, andaban perdidas á su pesar.

Un dia se encontraron.

¡En lo más perdido del horizonte se estendía una ancha franja de nubarrones cenicientos y amoratados.

El mar estaba al parecer sereno con esa traidora calma con que aparece el fondo del abismo y el corazon de las mujeres.

Teobaldo llevaba la caña de su lijera góndola, cuya vela henchida por el viento, le daba el parecer de una gaviota rozando con sus alas las ondas azules.

Sentado en la proa iba un viejo marino, que de cuando en cuando miraba con desconfianza las nubes que manchaban el cielo.

El criado de Teobaldo, el fiel Antonio, se reía á carcajadas de aquella desconfianza, pareciéndole efecto del miedo; más que de la prudencia.

No podía él comprender que en un momento aquellas nubes trajesen sobre su cabeza la tempestad.

El esquife rompía en tanto las olas.

Deva no aparecía ya sino como una línea blanca, la verdura de los montes se ennegrecía,

perdiéndose en un cordon de cimas azuladas.
La tierra simila una concha abierta.
En esa concha, inmensa, que abarca un mar, y que tiene por radios de nácar, cordilleras elevadísimas que se hunden en las aguas, figurando primorosas recortaduras, aparecen como si fueran perlas, San Sebastian, Zarauz, Guetaria, Zumaya, Motrico, Lequeitio.....
El sol que elevaba sus rayos entre dos negras nubes en forma de aureola, teñía las cimas de las montañas de púpura encendida, y las olas reverberando la luz roja del astro rey se daban el parecer de escamas de fuego. Teobaldo en delicioso arrobamiento contemplaba aquel panorama encantador.
El viejo marino señaló con su mano un grupo de nubes cenicientas que se disolvían en el cielo.
—A tierra, dijo en tono de mando.
Antonio echó toda la vela al viento.
El esquife sufrió una violenta sacudida.
Se alzó sobre las olas como una pantera.
El viejo hombre de mar, avalanzóse al timon, renegando del castellano y viró hacia el puerto.
El sol desapareció entre las nubes.
Quedaron el mar y la tierra sepultados en una sombra vaga. Las montañas aparecían negras y horribles, allá en el horizonte dibujándose como fantasmas.
Aquella sombra, aquella oscuridad era imponente.
Avanzaba la opacidad con la delirante carrera del relámpago.
La brisa empezó á acrecer rápidamente.
El viento silbaba encolerizado, azotando el

desnudo mastil de la góndola y el huracan empezaba á desencadenarse.

Los torbellinos de viento se removían en los senos de la ola y las ráfagas cortaban las cabelleras espumosas de las sirtes.

Brilló un fugaz relámpago.

Pasó un momento.

Retumbó un trueno horrible en la vasta soledad del mar, como una voz de guerra, y las olas empezaron á retorcerse y encresparse.

Las Furias salieron de los abismos y tomaron en sus manos á los vientos.

El viento era un látigo en manos de las Furias.

Antonio, temblando como un azogado interrogaba con ansiosas miradas el espacio que le separaba de la tierra.

El marinero blasfemaba. Solo Teobaldo, indiferente al peligro, contemplaba impasible como las olas se rompian contra su esquife.

La oscuridad era cada vez mayor.

El barco se alzaba y hundía en las agitadas masas, convertidas ora en altísimas montañas, ora en insondables abismos.

. . . .

De repente estalló todo el furor de los elementos.

Debió pasar sobre la góndola el escuadron alado de las divinidades del huracan, pues el mastil crugió estridentemente y cayó al mar como si fuera tronchado por sus manos.

A la luz de un relámpago vió Teobaldo delante de su góndola otra barca.

Parecia que era arrastrada por una corriente.

Oyó gritos, sollozos, súplicas, promesas...

Brilló de nuevo otro relámpago y Teobaldo

exhaló un grito, con el cual Tántalo hubiera espresado todas sus agonías.

En la barca arrastrada por la corriente, vió una mujer anciana que llorando estrechaba contra su pecho á una niña que rezaba convulsa abrazando á su madre.

¡Era ella! .. La mujer que viera en el *Ossio*.

Avalanzose al timon, hubo una lucha horrible entre él y el marinero... y la góndola se precipitaba en la corriente.

Un momento despues se oyó un chasquido estridente, hubo un instante de silencio, y despues, gritos, blasfemias, y sobre aquella bárbara armonía, con todas las voces de los elementos enfurecidos y de la desesperacion, se alzaba una voz suplicante y llena de agonia ¡Salvad á mi hija! ¡Salvadla! gritaba sin cesar.

La góndola de Teobaldo habia topado con la otra barca y ambos esquifes se habian hecho pedazos.

La continuada y sulfúrea claridad del rayo y del relámpago, alumbraban aquel negro y encolerizado mar, donde agarrados á tablones unos, nadando otros con la agonía de la muerte, se veian á la jóven y su anciana madre, á Teobaldo, Antonio, y los marineros.

El muelle de Deva estaba lleno de gente que llorando contemplaban aquel horrible cuadro de desolacion y esterminio...

Las mujeres hincadas de rodillas elevaban á Dios fervientes plegarias. Los marineros saltaban en sus barcas y llenos de caridad sus corazones, vendian sus vidas para salvar las de sus hermanos.

Teobaldo apenas vió á la niña del *Ossio*, celestial querube que parecia una mártir condena-

da á morir en las aguas, se desprendió de una tabla que tenia aisda y nadó hácia ella.

¡Salvad á mi hija! gritaba sin cesar la pobre madre.

Teobaldo agarró las crispadas manos de la niña, y nadaba, nadaba, maldiciendo á los elementos que pueden reducir al hombre á la impotencia...

Creia hundirse en el abismo y arrastrar á él á la que tanto amaba, cuando vió una barca junto á sí.

Encima de aquella barca creyó ver un ángel que estendia sus alas sobre la niña, protegiéndola de la muerte.

Un marinero la cogió en sus brazos.

¡Estaba salvada!

Teobaldo vió en la mirada de la niña todo lo ilimitado del infinito.

Parecia la confusion de todas las penas y todas las alegrías.

¡Mi madre! gritó con angustia indefinible no viéndola á su lado.

Teobaldo se lanzó en su busca... pero ¡ay! sus fuerzas estaban aniquiladas, la resaca le iba arrojando mar adentro y cuando, el desgraciado miró á la playa y vió á la niña, á su madre, á Antonio y á los marineros.. y él se encontró sin fuerzas, y solo y olvidado, arrojó un grito de desesperacion, cerró los ojos y se echó en brazos de la muerte.

Cualquiera que le hubiese visto, hubiera dicho que era un cadáver que flotaba mecido por las olas.

. . . .

Al abrir los ojos se encontró acostado en su lecho.

Un hombre chorreando agua, crispado el cabello, arañadas las manos y los piés, reia convulsamente.

Era Oscar.

Antonio lloraba, repitiendo sin cesar, ¡bendito sea mil veces el salvador de mi amo!

—Calla y vete, mandó imperativamente Oscar.

Antonio obedeció.

Oscar sacudió el agua que aun resbalaba por sus vestidos, acercó al lecho una butaca, sentóse en ella y esclamó:

—Olvida á esa mujer.

—Me es imposible, murmuró Teobaldo.

—Olvídala, sinó llegarás á romper el juramento que te une á Luisa, y entonces su espíritu te perseguirá sin cesar.

—¡Luisa! esclamó Teobaldo, acordándose de las últimas palabras de la desgraciada compañera de su niñez.

—Olvídala, aun es tiempo de matar un amor adúltero, tu estás unido con Luisa para siempre.

Hubo un momento de silencio...

La lluvia azotaba monótonamente los cristales, y allá á lo lejos retumbaban los truenos de la tormenta que se retiraba envuelta entre las sombras de la noche.

Las crestas de las montañas se teñian de vez en cuando de una luz azulada...

Era la despedida de las Furias.

Oscar fijó una mirada irritada en los ojos de Teobaldo. ¿La amas? le preguntó.

—Sí, murmuró este opacamente.

Oscar marchó sin añadir una palabra.

Antonio oyó que al bajar las escaleras decia entre dientes ¡infeliz! ¡cuán cruel te hace el amor!

CAPÍTULO VIII.

Un idilio cantado por dos almas.

Cecilia había contado diez y ocho primaveras.

En aquellas primaveras solo habían nacido flores y perfumes. Las espinas, estan desterradas del jardin de la inocencia.

Un angel vela el alma de las niñas.

El alma de Cecilia estaba envuelta en el velo divino de la castidad.

Como si aquel velo no le dejase tomar las formas radiantes, seductoras, espléndidas, materiales, que invocan á una tentacion impúdica irresistible, y que nunca los ojos miran castamente, el cuerpo de Cecilia se dibujaba con una morvidez naciente y casi infantil.

Venus hubiera admirado y envidiado á aquella Psichis.

Por lo demas, la inspiracion brillaba entre las sombras de sus negros ojos, y sus miradas tenian toda la encantadora limpidez de una vírgen mística. Mirando sus ojos, la muger se borraba y aparecía el angel.

Su boca dejaba entreveer un rayo de nácar, centelleando entre la púrpura.

Aquella púrpura se estendía debilmente tiñendo de rosa las megillas de aquel ángel.

Una corona de negros cabellos, ondulantes, brillantes, profusos, caian en bucles sobre su cuello de paloma y sobre sus espaldas.

Al ver á Cecilia, los hombres que guardan en el fondo de su alma un recuerdo del cielo, se hubieran postrado de hinojos deslumbrados por aquella aureola de lo puro y de lo ideal.

El alma siente la necesidad de postrarse ante las plantas de ciertas mujeres para adorarlas.

El amor pasa como un relámpago con respecto á esas mujeres, y queda en el alma todo el perfume de la oracion.

Murillo hubiera visto á Cecilia, y el pintor del cielo, hubiera creido que su sueño ambicioso se realizaba.

Que su inspiracion mas profundamente ideal, se había escapado del lienzo y había encarnado en la tierra lo concebido en el paraiso.

Cecilia tenía en sí todos los encantos, todas las perfecciones.

Ningun hombre se había atrevido á amarla, temeroso que aquella celestial vision volase al cielo.

Ella tampoco había amado.

En su memoria no se elevaban esos recuerdos angustiosos de amores tan pronto nacidos como muertos, ilusiones deshechas, insensatos delirios.....

Su alma vivía esparciéndose en los divinos espacios de la paz, abrasándose su alma en los efluvios celestiales de la caridad, amor sublime

que empieza por el hombre y acaba en el Calvario...

Huérfana de padre desde su mas tierna infancia, Cecilia había reconcentrado su cariño en su anciana madre, virtuosa mujer que adoraba en ella todos los amores.

Angela, tal era el nombre de aquella santa, tenía un talento nada comun.

Había sido muy desgraciada en todas las edades de su vida y el infortunio le había dado toda la terrible pero real sabiduría de la esperiencia.

Tenía una razon fria y una penetracion nada comun.

Leia en el alma de su hija como en un libro abierto.

En aquel libro solo había páginas blancas, llenas de diafanidad y de pureza...

En aquel libro se escribian todos los idilios de la inocencia. Era un cielo azul sin la mas ligera nubecilla.

Llegó un dia en que Angela miró en las negras y largas pestañas de Cecilia tililar una lágrima.

En el cielo de aquel alma cruzaba una nube.

En el libro de su vida el corazon había escrito esta sublime página ¡amor!

Angela estrechó á su hija entre sus brazos y le besó en la frente con una ternura indefinible.

Comprendía que desde aquel momento, Cecilia abandonaba el cielo y pisaba los umbrales de la tierra.

¡Pobre Cecilia!

Un dia vió á un hombre, cuya mirada traspasó su pecho, encendiendo en su alma la llama de un fuego para ella desconocido.

¡Una mirada, ved ahí el principio del amor!

Aquella mirada tenia toda la fascinacion y el vértigo de lo desconocido.

Sintió un placer tan intenso como vago, tan ideal como indefinible.

Aquella tarde Cecilia conoció que al alma deseaba orar y oró.

Quiso cantar y su voz tuvo la armonía de los ángeles.

Dió mil besos á su madre.

Reia y saltaba como una loca.

Estaba ebria de felicidad.

Llegó la noche y un velo de tristeza cubrió el alma de la niña.

¿Por qué?—¡Quién ha podido esplicarse esas súbitas metamórfosis del alma!—

Abrió las ventanas de su gabinete y apoyada en el alfeizar contempló el cielo tachonado de estrellas, el campo donde las sombras avanzaban. Oyó el último eco de la campana de la aldea vecina, miró el último pájaro perderse en los laberintos del bosque, escuchó la última cancion, y cuando toda la naturaleza reposaba en calma, estalló violentamente en su pecho la tempestad de la esperanza y de la duda.

Jamás habia adivinado aquellos misteriosos martirios.

Ay!—por todas partes veia una sombra, en el campo, saliendo del mar, en la estrella errante, en su aposento, tras las cortinas de su nido de paloma, bajo sus piés, junto á sus

lábios. Avergonzada cerraba los ojos, miraba á su corazon y allí mas claro que en parte alguna, veia el fantasma divino, veia á Teobaldo con sus blondos cabellos y su mirada melancólica.

Queria ahuyentar aquella imágen y no podia. Llamaba al sueño y el sueño huia de sus párpados.

Cuando la fatiga material rindió su cuerpo y sus ojos se cerraron, todavía la imágen amada le perseguia.

Su corazon soñaba.

Teobaldo sufria iguales tormentos con distintas formas.

Su pensamiento estaba encadenado á Luisa y su voluntad á Cecilia; el corazon sufria los terribles efectos de aquella eterna lucha.

Oscar habia agitado las llamas de un incendio que se devoraba entre cenizas y comenzaba á arder de nuevo mas impetuoso, mas terrible, mas devorador.

Temblaba ante un castigo imaginario, y empezó á titubear entre el miedo y el amor.

En ocasiones, Luisa era el espíritu que le miraba angustiosamente pidiéndole un recuerdo eterno.

En otros momentos Cecilia derramaba una lágrima y su corazon desfallecia.

La sombra, el espíritu... en un lado de la balanza, en el otro la luz, la realidad.

Amar á Luisa y olvidar á Cecilia, era lo mismo que temer que un muerto tuviese celos de un vivo.

Pero él creia que Luisa le acompañaba.

No veia ni sus sonrisas, ni sus lágrimas, pero

si Dios la habia colocado al lado suyo para que unida á una criatura humana, padeciese los desengaños terribles de la vida terrena en la vida espirita ¿no seria innoble hacer sufrir á la que tanto le habia amado?

Condenar á Cecilia á un martirio quizás mas doloroso, ¿no era mas terrible todavía?

Sabia él que Cecilia le amaba.

Sus ojos se lo habian dicho todo, con esa encantadora franqueza de la inocencia.

¿Qué hacer?—¿A quién condenar?

CAPÍTULO IX.

Continuacion del idilio.

La mañana que precedió á la trágica escena en que tanto peligraron las vidas de nuestros héroes, por contraste muy frecuente en todos los puertos de mar, era magnífica y esplendorosa.

Teobaldo se levantó de su lecho rendido de fatiga, y trabajado violentamente por el insomnio, llamó á Antonio y le mandó marchar al pueblo y enterarse de donde vivia la familia que con ellos habia sufrido en la tarde anterior la cólera del mar.

—Antonio ayudó á vestir á su dueño y marchó á cumplir sus órdenes.

Teobaldo se habia decidido.

Comenzaba á comprender la sociedad.

Iba á visitar á Cecilia.

Antonio no tardó en volver con las noticias que aguardaba su dueño.

Como buen criado habia preguntado más de lo conveniente, y por los servidores de la casa donde vivia Cecilia, supo el nombre de esta, el de su madre y una porcion de pequeños detalles

que nunca dejan de recojer los ojos investigadores de los domésticos.

Cuando Teobaldo oyó el nombre de su sueño amado, palideció rápidamente.

Marchó á su tocador y su aliño duró enfadosamente.

Al pasar por el gabinete alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con el retrato de Luisa.

Sintió en su cuerpo una crispacion nerviosa y tuvo que apoyarse en un sillon para no caer desfallecido.

Recordó la última mirada de aquella mujer.

Sus postreras y terribles palabras las creia escuchar, pronunciadas terriblemente por la boca de aquel retrato inanimado.

Hizo un esfuerzo poderoso y apartó su vista de aquella acusadora imágen.

¿Qué habria pasado por su alma?...

Al pisar el umbral de la casa donde vivia Cecilia, sintió que se le embargaba la respiracion...

Subió las escaleras, y cuando la puerta del nido de su ángel fué abierta, sufrió una sensacion indefinible.

La madre de Cecilia salió á su encuentro.

Cuando Teobaldo entró en la modesta habitacion perfumada con la presencia de su ángel, creyó ver que se elevaba una aurora divina ante sus ojos.

No se puede mirar fijamente al sol, ni se puede contemplar á una mujer amada cuando se está al lado suyo por vez primera.

Faltan palabras, la lengua balbucea, y los ojos se elevan tímidamente. Sucede algo parecido á la fascinacion.

¿Quién puede contar lo que pasaba por el alma de Cecilia?

La mirada que no se puede contener, el suspiro que se deja escapar, el carmin delator que asoma á las megillas, todas esas divinas sensaciones que brotan espontáneamente del corazon; celestiales perfumes de la inocencia, cánticos del pudor, todo se reflejaba en el rostro de la hermosa é inocente niña.

Hablaron de los sucesos de la tarde anterior.

La cariñosa madre, tenía para Teobaldo todas las sublimes palabras de la gratitud.

Aun brillaba el terror en sus negros ojos, y miraba á su hija con una ansia maternal indefinible.

Cecilia se mezclaba en la conversacion de cuando en cuando, para contar algun pequeño detalle.

Cuando no hablaba quería mirar á todas partes menos á Teobaldo, y sin embargo, ¡oh desgracia! siempre se encontraban sus miradas.

Cuando Teobaldo salió de aquella casa, cualquiera que pasara á su lado, le hubiera oido murmurar, ¡la amo! ¡la amo!

. . . .

El amor viene á ser la reunion de dos olas: al chocar, se confunden.

Es casi imposible librarse de la asfixia, en esa polvareda de nacáres.

CAPÍTULO X.

Continuacion del idilio.

Aquella noche Teobaldo llamó á Antonio á su gabinete, se desnudó perezosamente, vistióse una magnífica bata, y se sentó junto á su mesa escritorio.

La luz de un quinqué estendía un área de claridad sobre los libros y papeles, sepultando el resto de la habitacion en una opaca sombra.

Teobaldo encendió un cigarro, y se arrellanó en su butaca.

Una sonrisa dulce y melancólica vagaba en sus labios.

Acercó la butaca á la mesa, tomó papel y pluma y escribió esta fecha, 10 Julio.

Despues y como si quisiera tener un recuerdo eterno de aquel dia continuó escribiendo.

═

No quería mirarme y me miraba sin embargo.

En una ocasion noté que se puso pálida repentinamente.

Me parece recordar que su madre me contaba en aquel momento que todos creian que me hubiera ahogado.

=

Hay en su voz algo de ruiseñor.

Nunca he escuchado un acento mas conmovedor que el suyo.

=

El amor es la plenitud de la poesía del alma.

Una voz que resuena dentro del corazon con las armonías de los ángeles.

Es la union de un alma con otra alma.

El lazo que las une se ata en la tierra y se desata al lado de Dios.

=

En este último párrafo la mano habia temblado y aparecía sumamente borroso.

Ese párrafo era la negacion absoluta de sus ideas, así es que la primera palabra que escribió despues fué esta:

¿Y Luisa?

No se habia atrevido á responder ni entrar en el dédalo de sombrias cavilaciones, por lo cual aquella pregunta aparecia solitaria.

Despues de aquella pregunta no habia nuevos renglones. Solamente podia verse un nombre escrito hasta una docena de veces, en letra gótica, en cursiva, en caractéres de imprenta, adornados caprichosamente, del revés, del derecho.... verdaderas pruebas de paciencia y habilidad.

Aquel nombre era ¡Cecilia!

Eran los ocios de aquel amor naciente.

Poco á poco las relaciones amistosas se fueron estrechando y Teobaldo encontraba que á

medida que los dias pasaban iba su amor creciendo.

Las acompañó á paseo un dia y desde entonces todas las tardes salía en su compañía.

Les hizo conocer todos los prodigios del paisage, visitó con ellas todas las ermitas, siempre al lado de su amada Cecilia, siempre envenenándose en sus miradas y en su acento.

Así pasó un més.

Teobaldo, en los primeros dias, buscó con insistencia á Oscar que había desaparecido del pueblo desde el dia del naufragio.

Había sabido que Oscar era su salvador, y se avergonzaba de haber aparecido ante él como un ingrato.

Además, necesitaba saber de aquel hombre estraordinario, no solo toda su propia historia, sino aclarar tambien ciertas dudas que se perdían en su mente.

Creia que aquel hombre interpretaba fielmente su conciencia.

Mas ¡ay! tambien era el acusador de un crímen para él desconocido.

Una borrasca había sofocado los ecos de otra borrasca. Su corazon latía enamorado y casi había acallado la malaventurada voz de sus doctrinas. ¿Qué más ventura?

Los médicos que no habían podido aliviar en nada su dolorosa enfermedad, su completa anestesia, se hubieran avergonzado al ver los satisfactorios resultados que obtenía una inocente niña, cuya sublime ciencia consistía en ignorarlo todo, aún el estrago que sus ojos causaban en un alma.

La frente de Vargas, iba perdiendo las fu-

nestas y sombrías sinuosidades de una prematura vejez. Sus ojos recobraban la brillantez de la juventud.

Sonreía cuando Cecilia sonreía, cantaba cuando Cecilia cantaba. Su alma se esparcía cuando Cecilia en el fluido de una mirada le hacía entreveer todas las suavísimas delicias del paraiso.

Teobaldo era un muerto que revivía.

Llega un dia, cuando la pasion se desborda, que se siente la necesidad de ser correspondido.

El alma busca un asilo en otra alma.

Ese asilo es un nido.

En el nido del amor, las almas se hablan con el lenguaje de los ángeles.

Llegó un dia, en que loco, acallando los terribles gritos de sus creencias, gritos pronunciados por una sombra que le perseguía amenazadora, cayó arrodillado ante los piés de Cecilia.

¿Que la dijo?

Sus palabras parecian suspiros, y apenas tenían ecos; pero en su mirada brillaba la elocuencia del corazon.

Aquella mirada parecía decirle, ámame, tu amor es mi vida.

Tiñóse el semblante de la niña de un carmin purísimo, sintió en un momento todas las emociones santas del pudor, del amor y la inocencia, y sus labios pronunciaron estremecidos un *te amo* tan dulce, tan leve, que apenas le oyó la brisa que se perfumaba en su aliento.

CAPÍTULO XI.

El idilio termina en elegía.

Pasó algun tiempo.

Un dia Cecilia corrió á los brazos de su madre llorando de alegría, diciéndola, me ama, yo le adoro, dale tu bendicion, llámale hijo.

Y la anciana, llorando tambien como su hija, estrechó entre sus brazos al que tanta ventura derramaba en el corazon de su adorada prenda.

¡Qué momentos!

El corazon se estremece agobiado por una lluvia de flores.

¡Oh amor! ¡oh juventud!

¡Horas santas é incomparables que volais en las alas de los céfiros, no sois comprendidas hasta que pasais, para tal vez no volver jamás!

Teobaldo se despidió de la anciana estrechándola contra su corazon.

Cuando en el umbral de la puerta tenia las manos de Cecilia entre las suyas, y sus miradas languidecian de amor, por una atraccion irresistible sus lábios se encontraron con un beso.

Aquel beso era el abrazo de dos almas.

Cecilia ocultó su rostro entre sus manos.

Estaba pálida y temblaba levemente.

Adios, murmuró muerta de amor.

Hasta mañana, se dijeron.

Y en aquel mañana, palabra dulcísima de los amantes, se compendiaba todo un mundo de felicidad.

Una barquilla aguardaba en el muelle al dichoso jóven.

Saltó en ella ebrio de ventura...

La barca se deslizó sobre las ondas.

La mirada de Vargas no se apartaba del jardin donde su adorada le despedia, haciéndole señales con su blanco pañuelo

Cuando al volver un recodo la morada de Cecilia desapareció de su vista, lanzó un triste suspiro.

¿Pensaria en Luisa?

. . . .

La noche estaba serena. La luna se retrataba en el cristal de las aguas y los misteriosos bosques al impulso del viento se mecian voluptuosamente.

En la cima de las montañas blanqueaban los caseríos.

La naturaleza reposaba en calma.

Se había estendido en aquellas horas todo lo imponente y misterioso de la soledad y del silencio.

En aquel valle solo se oía el ruido del agua agitada lentamente por los remos de la barca donde iba Teobaldo, entregado á los sueños y á las esperanzas.

De cuando en cuando su frente es arrugaba, y su pecho se agitaba convulsamente.

Tristes pensamientos sin duda acrecerían en

su mente, pues hubo un momento en que se llevó la mano al corazon como para contener sus latidos, y exhaló un quejido desgarrador.

Antonio, el fiel Antonio, que le compañaba, no pudo menos de decirle respetuosamente.

—¡Señor V. sufre!

—Horriblemente, murmuró Vargas.

Y como entonces pasasen por el *eco*, sitio el más pintoresco de la ria, Teobaldo ansiando apagar aquellos dolores, con el recuerdo de un ser amado, gritó lleno de angustia el nombre de Cecilia esperando oirlo repetir, por tres ó cuatro montes, gigantes de granito que se disputan á voces el honor de asombraros.

Sería una preocupacion de su mente inquieta, una fascinacion de su oido, pero Teobaldo oyó clara y distintamente el nombre de Luisa que saltaba en el espacio estentóreamente.

Volvió á gritar ¡Cecilia!

Y Luisa volvieron á repetir los ecos.

—¿Que has oido? preguntó entonces á Antonio.

—No puedo decirlo, respondió este, el eco contesta muy confusamente.

—Grita Cecilia, le mandó el jóven.

—¡Cecilia! gritó Antonio.

—Rema, rema, esclamó Teobaldo, temblando de terror, Luisa me ha contestado otra vez.

Conociendo que Antonio se preparaba á hacerle multitud de preguntas, le dijo con una agonía indescriptible.

—Rema, Antonio, rema, huyamos, Luisa nos persigue.

Y sus cabellos se herizaron bañados de sudor frio, sus ojos se fijaron espantados allá en lo mas

remoto de la ria, su boca se cerró convulsamente y todo su cuerpo quedó horriblemente crispado.

Parecía que soñaba despierto.

Veía en su delirio una vision horrible.

Alla á lo léjos deslizábase por la ria una negra, estrecha y larga góndola. Arrastraba por el agua una especie de sudario que cubría la popa, donde iba de pié, un angel vestido de negro y cuyas largas alas eran tambien negras como la noche.

Movían aquel estraño esquife los remos de plata de seis angeles ó hadas vestidas de blanco, con alas de carmin y nieve. La luna derramaba sobre ellas toda su claridad. Todo lo demás yacía en la sombra.

Entre aquellos ángeles y el de las negras vestiduras había un gran contraste.

Mientras que el semblante de estos era hermoso, sonrosado, celestial, con todos los encantos de una aurora, el del otro era pálido, triste, sombrío.

Al verlo de cerca y detenidamente se conocía que aquel rostro no era otra cosa que una calavera animada.

En aquella calavera orlada de gruesas trenzas rubias, de bucles y madejas de oro que resbalaban sobre la negra túnica, como un torrente de estrellas en un cielo opaco, reconoció Teobaldo á Luisa, su primera amante.

En las cuencas profundas de aquella calavera aún relucían unos ojos que no apartaban de él su mirada, tristísima elegía, que abarcaba el infinito de todas las angustias.

Aquellos ojos tenian en sí todas las meta-

morfosis de un amor contrariado. Esperanza, celos, súplica, amenaza, todo se revolvía en aquellas cuencas de cadáver.

Su negra vestidura no era otra cosa que una mortaja......

Por donde pasaba aquella lúgubre y fantástica góndola todo lo conmovía. Parecía que de ella se escapaba una voz de guerra que despertaba las divinidades de la naturaleza, adormecidas desde luengos siglos en un profundo letargo.

Los bosques se animaban y en visiones fosforescentes se veian á las lamias, á las willis en sus bailes diabólicos, á las ondinas saliendo de las aguas y esperezándose en las riberas, á las ninfas alzándose de los capullos de las flores, á los silfos montados en mariposas de púrpura y de oro.

Los vetustos árboles se retorcían como sacudiendo el sueño, los altos peñascos se removían en sus bases; y por todas partes del bosque, de la ria, de las peñas, salían mil voces que despedían á la barca de los espíritus.

A medida que aquella barca fantástica se acercaba á la de Teobaldo, este sentía que el aire se elevaba, que desaparecía el cielo, viéndose en su lugar algo mas vacío que el vacío mismo, veia que las aguas se volvían trasparentes dejando ver en sus variados senos construcciones fantásticas incomprensibles.

Veía que los bosques al impulso del viento se incendiaban y rugían, alzándose en aquel mundo descompuesto un cántico de muerte atronador, terrible, con todas las voces de la naturaleza en agonía.

Y ya cuando la góndola fantástica surcaba la

estela de la barca de Teobaldo, este vió por todas partes mil distintos espíritus, encerrados en mil distintas formas. Las hadas tomaban cuerpos largos y redondos, los lemures se trocaban en millares de pájaros sin alas, en insectos con cara de murciélago, los silfos en mariposas con cabeza humana, bullendo entre las hojas secas, serpientes con patas de liebre... y todo aquel horrible pandemonium agitándose, dando vueltas, girando con una velocidad vertiginosa.

Las ninfas y willis de los bosques se arremolinaban con delirante carrera, en las márgenes de la ria, dando horribles gritos de desesperacion.

Las ondinas soplaban las aguas como queriendo producir la tempestad, los árboles estiraban sus ramas, semejantes á brazos descarnados, pretendiendo detener la barca de Vargas. El viento silbaba encolerizado y el espacio se preñaba de líneas y círculos fosfóricos.

Y ¡oh desgracia! la barca misteriosa ya le habia alcanzado.

Luisa! Luisa! gritó.

Creyó ver que Luisa, es decir, el fantasma que animaba todo aquel delirio, le miraba compasivamente derramando una lágrima, y que la barca desaparecia como un relámpago.

¡Loco! ¡me vuelvo loco! gritó el desgraciado cayendo desplomado sobre sí mismo.

. . . .

La luna acababa de atravesar una blanca nube.

El viento murmuraba entre el follaje.

Solo se oian ecos misterios y escondidos, esos ruidos de la soledad y del silencio.

CAPÍTULO XII.

La elegia.

Cuando Teobaldo volvió de su desmayo, se encontró reclinado en una butaca de su gabinete.

Estrañó que el fiel Antonio no estuviese á su lado, se levantó de su asiento para tocar un timbre, mas al pasar por delante de un espejo, vió en el cristal dos semblantes que se movian.

El uno era el suyo, el otro que se borraba entre las sombras, era el de un ser verdaderamente fantástico, un ser á quien habia buscado largamente sin poder tener de él notícia alguna, y que en aquellos críticos momentos se le aparecia como evocado por un conjuro.

—¡Oscar! gritó Vargas, con superticioso terror.

Una especie de larva, que toma las formas de ser humano, se alzó de una butaca, cogió á Teobaldo por un brazo y lo arrastró hasta ponerlo frente al retrato de Luisa.

—¡Oscar! volvió á gritar el jóven, apartando la vista de aquella imágen acusadora.

—Mira, dijo Oscar friamente señalando con su mano aquella imágen.

Así trascurrió un instante.

. . . .

¿Qué pasaria en aquellas almas?

Teobaldo temblaba levemente.

Oscar derramaba sobre aquel pobre corazon todas las torturas.

—Mira, volvió á esclamar, y transfigurándose su rostro en una indefinible angustia, dijo con acento desgarrador, mátame, pero ten misericordia de ella.

—Oscar, esclamó Teobaldo, sombra amenazadora que sin cesar me persigues, despertando en mi conciencia los más horribles remordimientos, huye de mi lado, deja que me hunda en el abismo, pero deja tambien que olvide á esa mujer, que dé mi corazon á la que adoro, que mate ese agobiador fantama, que es el juez implacable de mi vida, que turba mis menores placeres, que es el testigo de mis más frívolos pensamientos.

Déjame matar ese fantasma que veo en todas partes, siempre pidiéndome misericordia, siempre uniendo la súplica á la amenaza.

Si un tiempo la amé, deja que la olvide; si vive en ese mundo inmaterial donde los espíritus se mueven, deja que la consagre un eterno recuerdo, mas que ese recuerdo no sirva de ponzoña á mi dicha, que ese recuerdo no sea una pesadilla odiosa.

—¡Blasfemo! ¿más qué digo? ¡desgraciado! ¿quieres romper los eternos vínculos de dos al-

mas que juntas ascenderian á Dios? ¿Quieres, por desdicha, que esa desventurada criatura, víctima siempre, sufra nuevos tormentos?—Ve mis lágrimas, oye mis súplicas, muévante ellas á compasion.

Y Oscar se arrojó á los piés del jóven abrazando sus rodillas y besando sus manos.

—¡Desventurado! ¿qué quieres?

—Escucha, escucha, y luego promulga su sentencia.

—Pero esplícame, no te comprendo....

Quise ocultártelo, pues bien, es preciso, Othebolda, sábelo de una vez, tú has sido asesino de Luisa.

—¡Yo asesino de Luisa!

—Sí, tu amor mata. Escucha.

CAPÍTULO XIII.

Nuevas tinieblas.

Ya te he dicho que me llamaba Carso y que amaba á Yhira, la desventurada jonia, esclava de la reina de Egipto.

Yo era el único esclavo á quien tu madre no miraba con desprecio.

Un dia me llamó y me díjo, sé que salvastes á Yhira de mi venganza. Yhira ha sido encontrada y está en el departamento de las esclavas, en este mismo palacio. Oye bien, y entiende que tu vida va en ello.

Esta noche partirás con mi hijo y lo esconderás en los bosques que cercan á Mœris.

Y una esclava puso en mis manos un niño recien-nacido. El fruto de Sciulo.

Eras tú.

—Matarás, continuó diciéndome la reina, á la hija de mi esclava Yhira, y jamás he de volver á verte en Alejandría.

Corrí al aposento de Yhira, mi primero y único amor, y ¡ay! ¡qué horrible escena vieron mis ojos!

Mi amada se revolcaba en el suelo, presa de violentos dolores.

Me vió y me llamó. Siempre te he amado, me dijo, muero y doy gracias al cielo por volverte á ver en mi último instante.

Allí está el fruto de mi deshonra, Carso, por el amor que me tuviste un dia; sé el padre de mi hija.

Corrí al sitio que me señalaba.

Envuelta en un retazo de púrpura estaba una niña recien-nacida tiritando de frio y desgarrándose en lágrimas.

Miré á Yhira, y estaba ya luchando con los terribles vértigos de la agonía.....

—Júrame, murmuró, no desampararla.

—Por Tmei, diosa de la verdad, lo juro, esclamé.

Me miró y su alma fué á la balanza justiciera de Amenthi.

Al verla muerta, una tempestad horrible se desencadenó en mi alma.

Tomé en mis brazos á aquella criatura, hija como tú de la infamia, y salí de aquel aposento ciego de cólera y de dolor.

Llegué á mi estancia, os envolví en una túnica y cuando la noche sepultó en la oscuridad á Alejandría, montando en un caballo, huí de aquel pueblo maldito, sin saber donde ir, sin saber lo que hacer.

Isis me guiaba.

¡Qué horrible noche!

Los elementos que se habian desencadenado no formaban una tempestad mas grande que la que se alzaba en mi alma. Habia amado á Yhira, y de aquel amor solo habia logrado ser el pro-

tector de su hija, fruto del escarnio y de la violencia.

Los celos y la desesperacion me hacían arrojar gritos de rabia, y cuando á la súbita luz de un relámpago contemplaba los inocentes cuerpecitos de Sulai y Othebolda, dudaba si ahogaros entre mis brazos ó haceros pedazos contra una peña.

Tú llorabas y tu llanto uniéndose con el galopar de mi caballo, el rugido del viento, el fragor ronco del trueno y mis blasfemias, formaban una bárbara armonía que estaba en perfecta consonancia con el estado borrascoso de mi alma.

Aguijoneaba sin cesar á mi caballo, cuya carrera delirante crispaba sus largas crines, bufando de rabia, alzándose y pugnando por arrojarme de su desnudo lomo.

Los relámpagos me dejaban ver de cuando en cuando el mas terrible y magestuoso de los panorámas.

Pirámides que tocaban al cielo y en cuyas cimas se veían retorcerse las luces abrasadoras de la tempestad, bajando por sus lados en girones de un rojo azulado y amarillento cortándose en sus aristas, simulando en conjunto conos de fuegos, que se alzaban del abismo para derrocar la morada de los dioses.

Las esfinges, parecían retorcerse de cólera, pretendiendo vanamente saltar del suelo de granito donde hunden sus garras hace veinte siglos.

El vértigo de la enormidad, la realidad gigante de una fanfarronada de Titanes, la embriaguez de lo colosal, el esfuerzo desordenado

del orgullo, todo tallado, animado, viviente en piedra.

Laberintos sin fin, columnas que cien brazos no podrían abarcar, obeliscos inmensos, escaleras para elevaciones de gigantes..... todo coloreado por la luz rojiza del relámpago, todo azotado por el huracan, todo respondiendo con ecos estentóreos á la voz del trueno.

Inmensas, formidables son las tormentas, las sacudidas, las pasiones, por decirlo así, de la naturaleza. ¿Pero adonde llega lo inmenso, lo colosal de las tempestades del corazon humano, ese cielo, unas veces puro y sereno como una aurora, negro y sombrío otras veces, como los abismos del Erebo?

De repente sentí el ruido de un golpe estraño y caballo y ginete caimos al suelo.

El fogoso bruto se habia hecho pedazos la cabeza contra una garra de esfinge.

Entonces blasfemé de los dioses.

¿Qué iba á ser de ti y de Sulai?

¡A mí qué me importaba!

Tal fué la respuesta que me dí en el primer momento, pero al recordar á Yhira, al recordar mi juramento, sentí piedad para Sulai, y quise conservarte para que fueses el compañero de su vida.

Empezaba á amar á aquella niña.

Habia salido de Alejandría sin rumbo ni camino, y la oscuridad y la turbacion de mi alma no dejaban orientarme.

No sabia si estaba cerca del desierto, en cuyo caso os habia salvado, ó si me hallaba próximo á Parætonium, de cuya alternativa pendia nuestra salvacion.

Conocía el variable carácter de la reina y de ella esperaba nuestra muerte.

Si un dia te confiaba el secreto de tu nacimiento podias conmover el Egipto.

¡Cuán ciertos salieron mis temores!

Creyó mi oido percibir lejano galopar de caballos, y á la luz sulfúrea de una centella, ví en el horizonte relumbrar un grupo de plateadas picas.

De nuevo brotaron en mi alma los rencores.

Pensé salir al encuentro de aquellos sicarios y presentar vuestros cuerpos al hierro de sus lanzas.

Brotó de nuevo la piedad en mi corazon, y aquella fué la vez última en que un pensamiento mio os ofendia.

Os rebujé en la túnica y con tan sagrada carga para mí, eché á correr por el campo huyendo de los soldados que por momentos se acercaban.

La tempestad habia cesado.

Sulai seguia llorando.

Aquel llanto orientaba á nuestros perseguidores.

Yo corria locamente cifrando mis esperanzas en la oscuridad del cielo. Un relámpago que de nuevo brotase y estábamos perdidos.

La respiracion me iba faltando, sentia que mis piernas se negaban á aquella carrera delirante.

Y cada vez se oia más cerca el ruido estridente de los ferrados cascos de los caballos, al chocar en un suelo pedregoso.

Hubo un momento en que no pude correr más y caí al suelo falto de fuerzas y de esperanzas.

Un relámpago volvió á rasgar la oscuridad.

¡Ay del que fia en los elementos!

Oí una voz que heló la sangre en mis venas.

Habiamos sido descubiertos.

El grupo de ginetes avanzó á nosotros.

Cruzó un relámpago y arrojé un grito de dolor.

A él! á él! gritaron muchas voces.

Los ávidos sabuesos habian descubierto á la perseguida fiera.

No sé quien me prestó fuerzas, quien dió á mis desfallecidos miembros una agilidad verdaderamente prodigiosa, más recuerdo que me levanté, até la túnica que formaba vuestra cuna al rededor de mi cuello y dí á correr por el campo como un loco.

Los gritos y las imprecaciones de los que me perseguian me daban nuevo aliento.

Una flamígera exhalacion alumbró por un instante aquella terrible cacería, y sentí pasar por mi cabeza una flecha que silbó horriblemente.

Si el que habia disparado aquella flecha me hubiera visto á la luz del dia, no hubiera podido salvaros.

Las furias de la tempestad rugian aumentando su cólera.

Los caballos galopaban cual si fueran azuzados por los malos genios.

Los que nos perseguian ya me daban alcance, ya la punta de una lanza iba á atravesarme el pecho, cuando faltó tierra á mis pies, estuve un momento en el vacío y sentí de repente un golpe tan rudo, una vibracion tan grande que desfallecí de dolor.

. . . .

—¡Oh! eso es estraordinario, esclamó Teobaldo, que con avidez escuchaba el relato de Oscar, ansioso de ver descorrido el misterioso velo de su pasado.

—Nada hay sin embargo mas cierto, respondió el amigo de los espíritus. Escucha. Quiero que lo sepas todo de una vez.

Cuando pude hacerme cargo de mi posicion, me fué preciso evocar todos mis recuerdos.

Mi primer cuidado fué para vosotros.

No teniais ni una herida, ni una contusion.

Alcé mi cabeza y ví un círculo sonrosado que fué cambiándose poco á poco en un azul purísimo iluminado por un sol de fuego.

El cielo, el hermoso cielo, estaba iluminado por la luz espléndida del dia.

¿Aquel dia lo veriamos concluir?

Hacia muchas horas que no habiais recibido alimento alguno y vuestros lábios estaban blancos y vuestra boca seca.

Si permaneciamos en el pozo, el hambre nos consumiria, si os subia á la tierra suponiendo que pudiese trepar por las altísimas paredes de aquella horrible tumba, los sicarios que habrian adivinado nuestro refugio estarian guardando aquel brocal, para matarnos con sus espadas.

Pensé un instante que nuestros cazadores hubieran perdido el rastro, temblé de júbilo, más mi alegría se trocó repentinamente en el más fiero de los tormentos.

Una javalina había caido á mis piés.

Alcé mi cabeza y ¡ah desesperacion! ví los espantosos rostros de nuestros perseguidores

asomados al borde de aquella sima, riendo y gesticulando horriblemente.

Entonces esperé la muerte.

Oí alaridos y carcajadas. Algunos infames se retiraron y al breve rato asomó un enorme peñasco, que resbaló en el borde del pozo, rebotando en las paredes y arrastrando tras sí las plantas parásitas que la humedad había hecho nacer.

En uno de esos momentos solemnes, que son instantes y parecen siglos, calculé los zic-zacs que en su caida debía efectuar aquella piedra y determiné proximamente el sitio en que vendria á parar.

Me retorcí, me estreché, me empequeñecí, en el lado opuesto, y el peñasco paraba en el fondo hundiendo bajo su peso una enorme planta trepadora.

Aquello fué mi salvacion.

La caida del peñasco que había arrancado aquella planta descubrió á mis ojos, un enorme agugero.

Entré en él y ví con sorpresa que era la entrada de una galería subterránea, uno de esos portentos de piedra que frecuentemente se encuentran en Egipto.

Por el momento estábamos salvados.

¿Aquella galería era el camino de una tumba ó simplemente una mina para la conduccion del agua?

En el primer caso nuestra salvacion era imposible. En el segundo imposible tambien.

Mas no sé por qué intuicion presentia que aquella galería debia ser nuestra salvacion.

¡Oh! ¡el necio instinto de la vida!

¡Cómo sino fuéramos eternos!

Y Oscar se detuvo fatigado por lo largo de la narracion.

—Continúa, esclamó Teobaldo, sin poderse contener.

—Hundiéndome en fango, pisando miles de insectos que se retorcian bajo mis piés, teniendo por sol una oscuridad profunda, rendido, hambriento, estuve caminando por espacio de más de cinco horas por aquel camino de la muerte.

Cada vez el fango iba disminuyendo.

Cada vez el aire húmedo que me ahogaba iba adquiriendo frescura y pureza.

Sin duda la galería tocaba á su término.

¿Pero cuál era este?

Mis ojos acostumbrados á las tinieblas, fueron heridos repentinamente por un rayo de luz.

Cerré los párpados, así permanecí un momento temblando de alegría, y al abrir mis ojos de nuevo, ¡ah felicidad! algunos pasos más y nuestra desdicha habria concluido.

Y en el semblante de Oscar se reflejó la alegría mas pura.

Aquel hombre prodigioso, al narrar tan estraños sucesos, parecía que relataba la historia de su padre.

No omitia, ni el detalle mas minucioso.

—Dimos al campo.

El sol, la luna, una palmera! ¡qué alegre es salir de los sepulcros!

Al mirar en mi alrededor conocí que no me habia engañado al suponer que la galería subterránea perteneciese á una tumba.

Las ruinas de una pirámide ocupaban todo aquel campo.

Quizás habria sido la primera construccion de su género. Quizás la tumba de Menes, tal vez la de Thetmosis, es muy posible que fuese la de Ranmeses-Miamum.

Libre de todo cuidado, despues de examinar escrupulosamente todo aquel desierto circunvalado por un horizonte de pirámides y obeliscos, no teniendo nada que temer de los hombres, desaté mi túnica y os contemplé. Pareciais dos cuerpecitos de cera.

Pensé que el hambre os hubiera matado.

Interrogué al horizonte buscando un asilo y ví allá á lo lejos una choza levantada al pié de unas palmeras.

Entonces bendije á Osiris.

Nuestro asilo era una choza de pastores.

La mujer de Thiloe, dueño del rebaño, se enamoró de vosotros y me pidió como una gracia especial que permaneciésemos en su choza.

La hice notar vuestros lábios frios y blancos, y ella con un cuidado y un cariño que únicamente se encuentra en la que es madre, os dió su pecho, y poco á poco fuísteis volviendo á la vida.

La mujer de Thiloe se llamaba Cleo y habia tenido una hija hacia seis meses cuyo nombre era Caicely.

Thiloe era un magnífico egipcio, alto, robusto, sobrio, generoso, amante de la hospitalidad y adorador de los buenos dioses.

Bajo su choza crecísteis.

Llamásteis padre á Thiloe y madre á Cleo.

Era la primera ingratitud que cometíais conmigo.

Vosotros no mirábais en mí mas que un criado del que suponiais vuestro padre.

. . . .

. . . .

Calló Oscar por un momento. Sin duda queria recordar algo que se perdía en su memoria.

—Me acuerdo de todo perfectamente, esclamó rompiendo el silencio y como contestándose así mismo.

Escucha atentamente, que voy á contarte la parte mas interesante de tu historia.

Teobaldo, que creia estar soñando, se pasó la mano por la frente como para ahuyentar un tenaz pensamiento que le molestaba y dijo:

—Prosigue, te escucho.

Y Oscar prosiguió.

—Pasaron veinte años, Thiloe habia muerto y Cleo te llamó un dia y te dijo: Othebolda, tú no eres mi hijo, ni Sulai hija mia.

Un dia llegásteis á mi choza en brazos de Carso.

Teniais hambre, érais muy niños, estábais abandonados y sentí piedad en mi alma, jurándome ser vuestra madre.

Creo que en mi choza nada os ha faltado, para vosotros ha sido la leche de mas nata y los mejores cabritos de mis rebaños, para vosotros he comprado las mas ricas telas á los mercaderes de Sais. Siempre has encontrado en Thiloe un consejo y en mí un beso de cariño.

—¿Me amas? te preguntó.

Tú te arrojaste en sus brazos esclamando:

—Serás siempre mi madre, mi buena madre.

—Sí, contestó Cleo, tu buena madre, que llora porque tiene que decirte una terrible palabra. Othebolda, abandona mi hogar. No puedes per-

manecer más tiempo al lado de mi hija. Caicely te ama.

—Madre, esclamaste cayendo á sus pies, dame á Caicely por esposa.

. . . .

Cuando al apagarse el sol Sulai entró en la choza seguida de su enorme perro, Cleo, abrazándola la dijo, alegrate, Othebolda se casa con mi hija.

—Que los dioses de la felicidad les den sus dones, murmuró Sulai.

Y la desgraciada tuvo que marcharse para evitar que Cleo sorprendiese en sus megillas una lágrima.

¡Cuánto hiciste sufrir á aquella desventurada!

Amabas á Caicely por su deslumbradora hermosura y Sulai no te merecia una mirada.

La pobre niña te veia en los brazos de otra mujer más venturosa, y no hacía más que derramar amargo llanto, bendiciendo al par vuestra alegría.

Llegó un dia en que tú tambien lloraste.

La belleza de Caicely se iba marchitando poco á poco.

Sus megillas empalidecian, sus ojos se apagaban.

Sin duda la muerte habia murmurado á su oido una próxima cita.

Un dia te llamó junto á su lecho: me muero te dijo, porque he sorprendido en tus ojos la aurora de un nuevo amor. Amas á Sulai.

Temblaste al escuchar estas palabras.

Caicely, añadió, jura sacrificar mi recuerdo á tu amor.

—Nunca, esclamaste, juro amarte mas allá de la muerte.

—Muero contenta, suspiró Caicely cerrando sus ojos.

—Carso, me digiste, arrojándote en mis brazos. Carso, ¡padre mio! he jurado un imposible, Sulai es el alma de mi vida.

Cleo apareció entre nosotros como un fantasma. Habia escuchado tus palabras y tendiéndote los brazos te dijo: Othebolda, sabia que amabas á Sulai, yo en nombre de mi hija te relevo del juramento, solo te pido que guardes á tu esposa un año de luto.

Al dia siguiente al nacer el sol abandonábamos la choza de Thiloe donde Cleo y Sulai quedaban bañadas en llanto.

. . . .

—¿A donde vamos? te dije.

—Á morir, fué tu contestacion.

Los buenos dioses nos protegian.

Vivimos, ¡ojalá hubiéramos muerto, no hubieras sacrificado una inocente víctima!

—Eso que me cuentas es horrible, esclamó Teobaldo.

Yo arrojo mi memoria al abismo del pasado y apenas recuerdo claramente los sucesos de mi niñez, ¿cómo es posible¡que de esa vida no guardase un cruel remordimiento y una idea de ese lento martirio, si ese martirio hubiese tenido realidad?

—Solo á los espíritus les es dado recordar sus existencias anteriores, respondió Oscar.

—Entonces tú, ¿por qué lees esas espantosas páginas que están escritas en invisibles caracteres dentro de tu alma...?

Oscar alzó los hombros con desprecio.

—El hombre, dijo, siempre duda de lo que no comprende. Ya te lo he dicho, á mi segunda vista se abren todos los panoramas, todos los negros abismos que deja el tiempo tras de sí.

—Teobaldo suspiró. Continúa, murmuró tristemente.

Oscar le contempló en silencio algunos instantes.

—Todo lo sabrás, esclamó recobrando el hilo de su relacion interrumpida.

Cuando apenas contabas diez años, tu madre, despues de la batalla de Actium murió envenenada por un aspid, por no servir de triunfo al vencedor.

Así acabó aquella mujer diosa de la belleza y víctima del orgullo.

El padre de Sulai, fué muerto por los soldados del nuevo César, destruidas sus estátuas y maldecida su memoria.

El Egipto que desde hacía algun tiempo, no tenia vida propia, y que desde los últimos Ptolomeos iba asimilándose poco á poco al colosal imperio romano, aceptó el yugo de este, sin que el espíritu nacional apenas se diese por resentido.

Nosotros ansiábamos la guerra ¡y no teniamos donde pelear.

Ansiando la muerte, que no se halla cuando se busca, atravesamos la Idumea por Zoara y dimos en la Arabia desierta, poblada por tribus que vivian del merodeo y del pillaje.

Marod-Manum, jefe de una tribu, te dijo, eres jóven y fuerte, tú serás el terror de las caravanas de los Madianitas y de los Rammathis.

Y lo fuiste.

Apenas el sol arrastraba sus rayos de oro por la arena del desierto, montabas en tu caballo, y seguido de tus compañeros, corriais á la aventura, siempre en busca del incendio, del robo y de la sangre.

Los Nabatheos, los Ausiogabares, cuantas tribus erraban por la Arabia, venian á comprar con ricos presentes la proteccion de tu espada.

Yo, viejo y fatigado de vivir, me lanzaba el primero en la pelea y nunca lograba ser atravesado por una javalina.

. . . .

Pasó el año que Cleo te habia impuesto de luto, y me dijiste: Carso, volemos á ver á Cleo y á Sulai.

Marod-Manum te colmó de regalos, y lo principal de la tribu te escoltó hasta los confines de la Idumea.

Llegamos de noche á la choza donde habias pasado tu infancia.

Entramos en ella y la encontramos solitaria.

Los celos brotaron, no sé porqué, en tu alma, y una idea horrible cruzó por tu mente.

. . . .

La noche estaba muy oscura.

Esperaste impacientemente la venida de Sulai y Sulai tardaba.

Los momentos pasaban con la desesperante lentitud de las horas.

. . . .

De repente te estremeciste.

Oias el fuerte ladrido del perro compañero de tu amada.

El hermoso y noble animal vino corriendo á

la choza y nadie puede pintar la angustia, el vértigo de su alegría.

Lamia nuestras manos, se revolcaba á nuestros pies, saltaba á nuestros hombros, iba de un lado para otro, asomándose contínuamente á la puerta de la choza, como para avisar nuestra llegada.

En un momento de silencio oiste una voz melodiosa, dulce cual la de una tórtola. Hablaba no sabias con quién, pero hablaba de amor.

Rápido como el rayo, obedeciendo al pensamiento, preparaste la acerada punta de una flecha...

La voz seguia sonando dulcemente.

Saliste de la cabaña y viste allá á lo lejos dos bultos informes que avanzaban.. .

De repente resonó un beso....

Tú arrojaste una maldicion.

El perro de Sulai, que continuaba con sus tiernas caricias, tropezó en tus pies, y loco como tú estabas descolgaste el hacha que pendia de tu cintura y descargaste un furioso golpe en la cabeza del animal que quedó hendida en dos pedazos....

El desdichado ahogó un alarido doloroso y si hubieras podido verte, hubiera conmovido su mirada triste y penetrante, y su lengua que aun en las agonías de la muerte buscaba tus pies para besarlos.

Acto contínuo silbó tu flecha en el viento y se oyeron dos gritos espantosos, dos gritos de muerte.

Agarraste la tea que iluminaba la cabaña, saliste al campo, corriste hácia los desventurados que yacian en el suelo y arrojaste una horrible blasfemia.

Yo caí al suelo de hinojos.

. . . .

Con una misma flecha habias atravesado á Cleo y á Sulay.

. . . .

Huiste espantado de tu obra....

No te volví á ver más.

Algunos pastores me dijeron pocos dias despues que junto á la pirámide derruida habian encontrado una javalina y una espada.

Ambas armas eran tuyas.

Supuse que te habias arrojado á algun abismo.

Yo morí al poco tiempo, despues de estos sucesos pronunciado tu nombre, el de Yhira y el de Sulai, únicos séres á quienes habia amado en el mundo.

Calló Oscar.

Gruesas gotas de sudor corrian por su frente.

. . . .

—Todo lo que me has contado, murmuró Vargas, como agoviado bajo el peso abrumador de aquella historia, es horrible, ¿pero qué lazos me unen á Luisa?...

Oscar le miró tristemente y esclamó.

Dios le ha impuesto el castigo de que su alma vaya unida siempre á tu infidelidad.

—¿Pero qué crímenes cometió la inocente para ese castigo?

—Amarte.

—¿El amor es un crímen?

—El amor al hombre en la region de los espíritus es un pecado. Se está en la presencia de Dios y deben olvidarse las criaturas. Preferir la criatura al Creador es un crímen en la region espirita, que merece mas castigo que en la tierra.

—¿Pero Luisa me seguia amando?

—Escucha atento.

Dios hizo á todas las almas libres, para que pudieran elegir y merecer, quiso que se elevasen poco á poco hasta Él, sufriendo pruebas sucesivas. Esas pruebas se sufren de mundo en mundo y no están limitadas á la tierra. Los otros globos están habitados por séres que han tenido vida bajo el sol y no han obtenido de pronto la mansion celeste: muy pocos entre todos los hombres merecen, al dejar la tierra, la divina palma de los bienaventurados, esa felicidad solo pertenece á aquellos llamados, segun el lenguaje humano, santos ó mártires; no porque hayan sido canonizados, pero sí porque merecieron verdaderamente la palma. Estrechamente encarcelada al principio, el alma dentro de los lazos materiales, toma elevándose una forma más pura y más etérea á cada transformacion. Los diversos mundos destinados á su vez á la habitacion de las almas, son como los peldaños á veces numerosos de una escalera que tiene por base el lugar de la creacion y por cúspide el infinito.

En la naturaleza nada muere, todo se transforma, el Fénix que renace de sus cenizas es el mito universal de la creacion. (1)

Por muy pura que Luisa fuese, el amor habia hecho nacer en su alma algunas sombras.

Esas sombras necesitaban disiparse ante el sol de la increada luz.

Luisa antes de volar á Dios, tenia que sufrir algun tiempo de purgatorio, encerrada en la forma incorpórea del perispiritu.

Al volar el alma de Luisa dejando á la tierra su envoltura, oyó el cántico de su sentencia.

(1) Reve d'Antonio. Pezzani.

CAPÍTULO XIV.

Cántico espirita.

Avec un cæur plein de fantaisies delirantes
Dont je suis le capitaine,
Avec une lance de teu et un cheval d,air
A traves d'inmensité, je voyage.
Chanson de Tom O'Bedlam.

El lenguaje de los hombres no puede esplicar la sensacion de un alma, que libre de su prision corpórea, pasa de esta vida á la otra, del tiempo á la eternidad, de lo finito al infinito.

¡Ojalá mis lábios fuesen de fuego para que en ellos se purificasen mis palabras, ahora que voy á contarte con palabras de hombre, los misterios sacros del mundo invisible delos espíritus.

A una intermitencia de sombra profunda habia sucedido una esplosion de esplendores, una dilatacion de horizontes, una desaparicion completa de todo límite y de todo obstáculo.

Como la mariposa brota de la crisálida, abriendo sus jóvenes alas á la luz desconocida y momentáneamente revelada, así el alma de Sulai, tomando la sutil envoltura del perispiritu, sentia las esplosiones de sentidos nuevos que le

revelaban misterios impenetrables al pensamiento y á los órganos humanos.

El águila caudal mira al sol fijamente; sus ojos centellean de orgullo, quiere ascender más y no puede... La mirada serena de Beatriz contempla al astro divino sobre toda nube.

Sulai ascendia al mundo superior de la atmósfera.

En todas partes existe una ley de gravedad. El cielo atrae las almas, la tierra los cuerpos.

¡Un alma! hé aquí la voz sublime que resonaba en el insondable éther.

Y aquella voz parecia conmover todas las esferas. Parecia que la Vida Universal se alegraba, que de todas partes se alzaba un cántico divino.

¡Un alma! ¡un alma!

—¿Es pura? preguntaban los habitantes de un planeta resplandeciente.

Y los habitantes de otro planeta mas resplandeciente todavía, les contestaban: sí, es pura como la azucena, pero para llegar á Dios, la blancura de la nieve tiene sombras oscuras.

—¡Misericordia! ¡misericordia para ella! ¡ha amado! decia el mundo habitado por las almas de Piramo y Thisbe, Hero y Leandro, y donde más tarde tendrian su morada Eloisa y Abelardo, Isabel y Marsilla, Julieta y Romeo.

Y el coro místico cantaba, amor es Dios.

Sulai atravesaba los espacios que separan los planetas, trazando grandes círculos con vuelo más rápido que la luz á través del vago azul de la atmósfera, oyendo estremecida con emocion divina el cántico sublime que resonaba.

¿Qué luz, qué sol, qué armonías, qué colores,

qué miriadas de espíritus revestidos de esplendores, eran aquellos que veia, que escuchaba, que comprendia?

Al pasar por los planetas habitados, veia en los más próximos á nuestro globo, animales sirviendo al hombre (1), conocia los recuerdos terrenos, recordaba las bases de una arquitectura conocida, sonidos que llamaban á otros sonidos para formar la escala, música compuesta, no esas notas aisladas de los espíritus purificados que cada una contiene en sí todos los cánticos y todas las sublimes melodías.

Mientras mas ascendia veia nuevos mundos cuyos habitantes tenian formas aéreas, mares diáfanos con todas las resplandecencias de auroras é iris diamantados y encendidos, praderas de esmeraldas, bosques plateados, la brisa cantaba, y las flores se entrelazaban como una inmensa telaraña de perfumes y colores.

Veia la Perla Eterna que semejaba un globo de límpido diamante, la Luna morada de las almas vírgenes, Mercurio más brillante aún que la Luna. (2)

Y á medida que Sulai ascendia en la jerarquía planetaria, encontraba mundos mas puros y brillantes.

En médio de aquellos infinitos mundos, volando por el camino de las altas regiones, Sulai vió postradós de hinojos miriadas de ángeles, cuyas blancas alas resplandecian como centellas.

Entonaban el himno de la creacion.

(1) Victorien Sardou.

(2) Dante.

Un mundo habia muerto y otro mundo iba á formarse.

Miguel tenia en sus manos el alma del mundo muerto, y la mirada fija en Dios.

Esperaba el *fiat* creador.

Retumbó en aquella region sin límites el *fiat* esperado.

Miguel voló desprendiendo el alma que tenia en sus manos despues de haberla dado un ósculo de amor.

Cada planeta sintió un súbito estremecimiento, al oir el eco de aquel beso divino, y dejaron escapar como sensaciones millares de ráfagas que chocaron en un punto solidificándose instantáneamente, sirviendo de envoltura á aquel alma gigante.

El mundo estaba hecho.

Los ángeles volaron á dirigir los primeros movimientos de aquel planeta, y Miguel lo encadenó y lo ató fuertemente á la comun cadena que une todas las obras de Dios, y cuyo principio y fin pende de su mano.

Sulai volvió sobre aquel mundo, cuando nacia en él la primera criatura.

Llegaba al círculo supremo del cual no pueden pasar las almas no purificadas.

Allí una inmensa luz que se movia, brillando como una polvareda de diamantes, formaba la atmósfera; cada grano de aquel polvo resplandeciente era un alma. Dibujaban corrientes remolinos, ondulaciones, y todos aquellos movimientos parecian los pliegues encendidos de un manto de relámpagos, movido por una brisa de armonías.

El número de almas era tan inmenso, como

el que las matemáticas pueden formar arrojando despues de un número inicial, ceros infinitos.

Aquellas almas, unas eran límpidas como el diamante, otras coloreadas con las esplendentes luces de la esmeralda, el rubí, el topacio y el záfiro.

Resbalaban y se movian en aquel círculo como soles en fusion.

Aquel era el término, mas allá estaba Dios.

Aquellas almas aguardaban su sentencia.

Millares de ángeles cubrian con sus alas la morada del Eterno, que estaba tras de un inmenso iris de siete colores, y en cuyo centro resplandecia un punto radiante, destellando la luz mas viva y pura, apareciendo detrás de él como una aurora de caridad y de esperanza, una cruz de lágrimas.

Bastaba ser una aurora de salvacion para lavar del pecado á aquellos espíritus.

Los siete colores del iris, más brillante cada uno que la luz reunida de miriadas de soles eran las virtudes, paralelamente colocadas sobre los siete vicios que debajo del cielo, estan colocados en el sombrío reino de las tinieblas.

Aquel iris cernia copiosa lluvia de bienes que derramaba la mano pródiga de Dios, pero al caer sobre los mundos el hombre los destruia ó amenguaba.

Ya se oia el cántico divino, precursor de la sentencia misericordiosa, ya los ángeles plegaban sus alas, y las almas se postraban implorando el perdon, cuando Sulai oyó un grito humano.

Sobrecogióse y miró á la tierra.

¿Por qué aquel grito siendo terreno atravesaba los espacios divinos?

Era un grito de amor. De amor y de muerte.

Tú te arrojabas á un abismo en aquel momento, ebrio de desesperacion.

El alma de Sulai lloró contemplándote.

No oia las palpitaciones de las alas angélicas, que hacian oscilar á los planetas, no oyó el destino de cada espíritu, te contemplaba únicamente.

Cuando tu alma desprendiéndose del cuerpo, voló á las altas regiones, el alma de Sulai salió á tu encuentro.

Las dos almas se abrazaron y volaron juntas.

Sulai habia olvidado á Dios.

Al llegar al lugar antes pleno de almas, estaba solitario, las almas habian volado á cumplir sus destinos, solo se veian los ángeles que guardaban la entrada del paraiso.

Los dos estábais solos en aquel espacio infinito.

Una profunda tristeza se apoderó de vuestras almas al ver que las sombras os habian envuelto nuevamente.

Un ángel señaló para morada vuestra un mundo escondido cercano á la tierra.

Vuestra sentencia estaba dictada.

Tú no eras digno de ascender hasta llegar al trono de Dios. Sulai habia descendido al círculo de las nubes para recibirte.

Habia antepuesto á todo el inmenso amor que te profesaba. Su destino estaba promulgado. Iria siempre unido al tuyo y sería víctima de tu infidelidad é inconstancia hasta que tu alma completamente purificada ascendiese en su compañía.

Os abrazásteis llorando y descendísteis al

mundo de la contrariedad, poblado de amantes infelices, víctimas de un deseo nunca realizado.

Miriadas de almas navegaban en el barco del Amor por el torrente de las Inquietudes que se precipita en el mar de los Obstáculos.

El barco representaba el Corazon del hombre, las velas que parecian agitarse eran los Deseos, los vientos que las hinchaban eran las Esperanzas y los Celos eran las tempestades. (1)

Sufriendo todas las terribles angustias de un amor nunca plenamente satisfecho, mártires de la agonía más indefinible pasásteis centenares de años.

Yo volví á encarnar y desaparecísteis de mi vista.

Llegó sin embargo un dia en que volví á encontraros; no recuerdo en qué tiempo ni en qué forma.

Volvimos á morir y hemos vuelto de nuevo á la reencarnacion.

Mi único pensamiento ha sido buscar á Yhira y á Sulai, la casualidad ha hecho que únicamente te haya encontrado. Sulai, lo he oido de tus lábios, ha muerto. Yhira ó ha muerto tambien ó tropezará en mi camino.

Para encontraros he recorrido el mundo.

He contemplado el cielo del Egipto con su azul implacable, sin una nube, sin una sombra, siempre alumbrado por ese rojo sol, que mira sangriento como el ojo de un inmenso ciclope.

La imaginacion no ha producido allí mas que quimeras monstruosas y monumentos desmesurados.

(1) Milord Céton.

Egipto es un reino siniestro. El reino de la muerte.

La muerte está allí viva. Egipto no es más que una gran tumba.

La civilizacion al penetrar en ese país, va resbalando sobre polvo de cadáveres.

Busqué en Europa un gran pueblo y solo he hallado los monumentos y las columnas que me han hecho recordar la gloria de la Italia.

He hallado un siglo corrompido y solo he encontrado en él una gran idea; el Espiritismo.

Es el único consuelo de las almas grandes, la única barrera que el hombre puede oponer al materialismo atrevido y repugnante.

Ví un pueblo sin embargo por el cual habia pasado el siglo, y lo hallé puro. Por aquí ha pasado el ateo, dije, sin conmover á este país dichoso.

Este país está enclavado en la España, este pueblo es el que ahora pisas. ¡La Cantabria! ¡la antigua tierra de Jaun-illa!

Aquí te hallé, ¡pero ay! cómo te he encontrado!

. . . .

Calló Oscar.

Habia en su mirada algo de estraordinario, algo de magnético que fascinaba.

Teobaldo agobiado bajo el peso de sus creencias que habian tomado formas reales en la misteriosa y terrible conferencia de Oscar, seguia involuntariamente los giros particulares de aquella narracion, sintiendo las más profundas y estrañas impresiones.

Parecia que una inmensa y fúnebre lápida

iba á volver á caer sobre aquella pobre alma, que habia logrado en un momento sacudir el sueño frio de la muerte.

Su amor repelia irritado aquellas ideas.

Su conciencia no le remordia. No le acusaba de aquel soñado crímen, que tenia la expresion de una pesadilla cruel; y sin embargo, temblaba al recordar á Cecilia con quien habia ligado su destino.

¡Abandonar aquella pobre alma á la soledad, haberla mostrado el mas risueño de los horizontes para hundirla de repente en el más sombrío de los abismos; haberle robado toda la paz, la tranquilidad, la inocencia de un corazon vírgen; haberla hecho comprender todas las dulzuras, todos los goces, todos los momentos, todas las sublimidades del amor, para arrojarla á una desilusion eterna, á un martirio eterno, á una eterna y dolorosa agonia! ¡Hacerla creer en todo para hacerla despues dudar de todo; matar la vida, ahogar en un oceano de dudas la inocencia, sentir él mismo la necesidad de resucitarse y arrojarse al sepulcro atado á un fantasma.... era preciso para hacerlo tener la mas sublime de las heroicidades ó la mas dolorosa de las locuras!

Además, él tenia empeñada su palabra en aquel amor, necesitaba coronarlo con el matrimonio: un hombre de honor retrocede ante todo menos antes los deberes que se crea.

¿Qué pretendia Oscar?

¿Qué significaba aquella sombría historia?

¿Cómo comprender que Dios hubiese atado un alma á otra alma?

Aquel destino implacable que perseguia á

Luisa sin cesar, haciéndole sufrir crueles martirios, ¿podia ser cierto?

¿No era aquello una monstruosidad injusta?

¿Y sobre todo, quién era Oscar? ¿quién era aquel hombre que traspasaba los abismos y los espacios?

¿Que leia en las nubes la historia de las almas, y que escribia en las conciencias todos los pecados de unas existencias comenzadas y concluidas en el principio de los siglos?...

¿Podia Teobaldo darse satisfactoria respuesta á estas preguntas?

No. Teobaldo solo pensaba en Luisa y Cecilia.

En el amor y en la caridad.

En el amor sobre todo. Cecilia todo lo dominaba.

Habia caido en una especie de sonambulismo letárgico. Su cuerpo crispado y abrasado por una fiebre devoradora permanecia casi inmóvil, queria hablar y no podia.

Oscar le contemplaba atentamente como leyendo todas las dudas de aquella alma.

Al ponerse en relacion con el mundo de las sombras, habia obrado un verdadero prodigio de fuerza magnética.

Si se le hubiera tocado en la frente hubiera despedido una brillante chispa de fuego. Esa chispa hubiera parecido la llama de un genio, pero de un genio habitador de las tinieblas.

—Y bien, dijo despues de un largo silencio, es preciso que tomes una resolucion. Es necesario que olvides ese nuevo amor.

—¡Si no podria! esclamó Teobaldo con angustia.

—Olvida á esa mujer ó castiga á Luisa el crímen de haberte amado hasta merecer el castigo de que vaya su destino unido á tu infidelidad.

—¡Oh! calla, calla.... me estás destrozando el corazon.

—Llegará un dia en que tú sufras su terrible venganza. La impulsarán los celos... Cecilia será la primera víctima.

Teobaldo se alzó de su butaca al oir aquel terrible augurio, como para repeler con sus brazos un invisible fantasma.

—¡Cecilia! gritó dolorosamente volviendo á caer en el sillon.

¡Cecilia mia! murmuraba sollozando.

—Constancia humana, que cesas cuando los ojos no ven, cuando el oido no oye... vé tus héroes.

Y Oscar se levantó de su asiento y empezó una larga série de paseos, deteniéndose de cuando en cuando para meditar...

—No, no, murmuraba, es imposible que esto pueda quedar así. No siempre ella ha de ser la víctima. Le amo, diera mi vida en cambio de la suya, pero amo más á Sulai y no puedo permitir que la pobre y enamorada niña vuelva de nuevo á encarnar para volver de nuevo á sufrir. Bastante ha padecido.

Y parándose ante el retrato de Luisa y señalando con su dedo aquella imágen celestial, añadió: mira, Luisa te oye y vé el fondo de tu alma. Dime, ¿conservas algun resto de amor á la compañera de tu vida?

—¡Oh! sí, esclamó Vargas, la amo.

—¿Y amas tambien á Cecilia?

—Sí, tambien.

—¿Puede un corazon tener dos amores?

—Y dos martirios.

—¿Olvidarás á Luisa?

—Nunca.

—¿Y á Cecilia?

—Jamás.

—Entonces, desdichado, ¿qué piensas hacer?

—Unirme á Cecilia y ser mártir de un remordimiento.

—¿Quién te obliga á ello?

—Mi amor y mi palabra.

—¿Tú amor es puro?

—¿Qué significa amor sino pureza?

—Antes de entregarte á las efusiones de ese amor culpable, ¿me prometes hacer lo que te ordene?

—Sí.

—Consulta á Luisa.

Y Oscar abrazó á Teobaldo, le besó en la frente y desapareció como una sombra á quien disipa un rayo de luz.

Teobaldo se arrojó sobre un sofá, murmurando... ¡ah Luisa! ¡Luisa! ¡cuán implacable eres!

. . . .

Los nacarados rayos de la aurora penetraban por las rendijas de las ventanas. Los pájaros cantaban á Dios.

Amanecia.

CAPÍTULO XIV.

Preludios de la luna de miel.

Cecilia embriagada con las dulzuras de la primera pasion, pensando solo con el ser idolatrado, teniendo para ese pensamiento todas las complacencias, y acariciando en su mente la más grande esperanza, tenia al mismo tiempo toda la impaciencia de un alma vírgen á quien el amor le ha enseñado la desconfianza.

Plena su alma de dicha, no pensaba que pudiera acabarse aquel apacible encanto, oceano de felicidades donde navegaba su corazon, y cada dia que pasaba veia horizontes mas halagüeños y brillantes. Dudaba solamente que aquellos horizontes pudieran ser más brillantes aún.

Teobaldo veia en ella un puerto de salvacion.

Cuando estaba á su lado embriagándose en el divino éther de su mirada, su pensamiento se reconcentraba en ella como no atreviéndose á traspasar los límites del amor.

Aceleraba el dia de una union eterna, acallando los gritos de una conciencia ofuscada que habia llegado á engañarle presentándole nues-crúpulo como un crímen.

Cuando se apartaba del lado de su amante, recordaba las palabras de Oscar y temblaba ante la vista de aquella miriada de fantasmas que surgian de los abismos de lo pasado.

Consideraba á Luisa unida eternamente á su destino: ¿qué iba pues á suceder si unia su alma con la de Cecilia?

¡Qué tormentos, qué suplicios, levantarian los celos entre un viviente y un espíritu!

¿Pero cómo retroceder?

¿Cómo librar del martirio á Luisa, para hacer á Cecilia víctima por siempre?

¿Aquello podia consentirlo Dios? Ó, por ventura, ¿Cecilia sería un alma condenada á padecer tormentos análogos? En ese caso, estaba entre dos mártires: ¿á quién desatar de aquel terrible potro?

¡Qué lucha!

¿Qué habia querido decirle Oscar, cuando le habia hecho jurar que consultase á Luisa?

En vano habia pretendido ponerse en relacion con el espíritu de su amante, su pensamiento se escapaba, iba de un lado para otro, nunca traspasaba la tierra, Cecilia siempre, jamás Luisa se le aparecia.

En tanto los dias volaban...

Volaban los dias, y el momento de unirse para siempre se acercaba.

. . . .

Un dia proyectaron los amantes una gira campestre.

La madre de la niña consintió en todo, y aquella noche soñó Cecilia en las felicidades que al dia siguiente le aguardaban.

Nada en efecto mas encantador que uno de

de los panoramas más bellos y conmovedores que el hombre puede admirar, el cielo, el mar, los bosques, las montañas gigantes, el caserío humilde, Dios, la naturaleza y el hombre.

Ginetes sobre dos magníficos caballos, iban Teobaldo y Cecilia, á los estribos de un carruaje donde sonreia la anciana Angelá, y en cuyo pescante el fiel Antonio custodiaba las provisiones alimenticias con singular cuidado, admirado del nuevo y desconocido humor de su dueño.

Angela contemplaba embebecida el hermoso rostro de su hija, que destellaba la felicidad con sus más divinos esplendores.

Teobaldo tambien la contemplaba ebrio de amor, y hé aquí como las tres almas se unian en una, en amoroso abrazo.

Cecilia en su vida habia sentido alegría igual

Acariciaba con sus pequeñas manos el carnoso cuello del corcel, que erguia su hermosa cabeza, sacudiendo sus espesas crines y relinchando de júbilo.

De cuando en cuando picaba espuelas y los dos caballos volaban como el viento. Luego volvian al encuentro de la anciana, siempre entre risas y palabras de cariño.

El dia se alegraba con ellos.

La brisa vagaba impregnada de suavísimos perfumes y las mariposas volaban de flor en flor en mayor número que nunca.

Llegaron al lugar convenido y allí se hizo alto.

Eran tres y parecian ciento, mejor dicho, habia una niña y parecia que corrian por el bosque millares de ángeles.

En todas partes resonaba un grito, una ad-

esos dias, dedicado á los puros placeres del campo y á la contemplacion de la naturaleza.

El inmenso castaño que dá asiento, bajo su fresca sombra, el bosque ilimitado, las montañas que de todas partes se alzan, los misteriosos ecos, inciertos ruidos que se levantan de todas partes, el considerarse completamente aislado de la sociedad, olvidándose de ella, el alma abierta á Dios, los lábios admirándolo todo, los ojos deslumbrados y recreándose en todo tambien.... hé aquí, momentos supremos de los cuales uno no se dá cuenta, pero que quizás son los instantes más felices de la vida.

El lugar de la gira campestre, era el llamado «*El Castañar,*» bosque inmenso que se estiénde á uno y otro lado del antiguo camino de Deva á Alzola, sitio lleno de poesía y que parece creado para la contemplacion y el amor.

A sus piés y entre montañas se desliza el Deva, mansa y apacible ria, que acompaña en su curso al blanco camino, cual dos cintas de plata, entretejidas por un feston de verdura.

Arrancando del bosque, como si fuera la frente de aquel inmenso gigante, hay un empinado monte, cuajado de peñascos, de espinos y argomas, y en cuya cima, como si fuera el cráneo de aquel Goliat de granito, existe una profunda cueva llamada por los habitantes del país, la «*Peña de Arteaga.*»

La *Peña de Arteaga* no tiene la magnificencia de esas profundas grutas de Suiza, llenas de los prodigios de las estalactitas, estalacmitas, y reverberaciones de luz, que las hacen aparecer como si fueran de topacios ó záfiros; pero en cambio desde ella se descubre uno

miracion, una nota divina, en todas partes flotaba al viento una profusa y ondulante cabellera.

Cecilia multiplicaba su alegría.

Teobaldo la contemplaba estasiado cuando venia con las mejillas rojas como la grana, la boca entreabierta, cansada, rendida de correr, á caer á los piés de su madre, acariciando sus manos y prodigándola mil besos.

Era una tórtola, una mariposilla, una libélula.

Habia encontrado un hilo de yedra que abrazaba un castaño, lo habia desprendido cuidadosamente y habia tejido una corona para su cabeza.

Aquel sencillo adorno hacia resaltar mágicamente su hermosura. Un pagano al verla se hubiera postrado de hinojos creyéndola una driada.

¡Más para qué invocar al paganismo, sino hay nada más bello que una vírgen cristiana!

¡Oh! no os atrevais nunca á tocar las alas de esas mariposas inocentes. Tened miedo de hacer caer con vuestras maños el polvo de oro de sus alas.

¡Privar á un pajarillo de libertad! ¡Dejadla que ria y cante!

¡Es tan breve el tiempo en que se rie en el mundo!

. . . .

. . . .

Cecilia habia hecho con flores campestres un precioso ramillete y habia ordenado á Antonio que lo enclavase en el suelo y que á su alrededor colocara el servicio de la merienda.

Obedeció el fiel criado de Vargas, y un mo-

mento despues, Angela, Cecilia y Teobaldo se entregaban á los pequeños placeres gastronómicos nunca tan bien comprendidos como sobre un mantel de flores y verdura.

En aquellos instantes ¿era Teobaldo el sombrío discípulo de Oscar?

¿Era el atormentado mártir de nebulosas doctrinas.

No, de un abismo de sombras habia ascendido al cielo sublime de la amorosa realidad.

. . . .

. . . .

Cuando se levantaron de la rústica y primitiva mesa, Teobaldo anunció el proyecto de visitar la cueva antes mencionada, y sus palabras fueron acojidas con júbilo.

Pusiéronse en marcha.

Llegaron á la cima de la montaña en la que los gnomos han fabricado un palacio y allí se detuvieron, mas que para reponerse del cansancio para admirar el encantador panorama que á sus ojos se ofrecia.

Los verdes maizales y los blancos caseríos rodeados de manzanos cargados de frutos de oro, aparecian en el valle.

Una cadena de montañas se perdia en el horizonte, confundiéndose las últimas en el azul del cielo, y el mar se desparramaba por los ámbitos del infinito.

Se aspiraba el perfume de la tarde, y se escuchaba los ecos de las canciones de los campesinos que volvian á sus hogares conduciendo sus yuntas de bueyes, y alegrándose á la vista del humo de sus cabañas, que predecia la amante esposa y la limpia mesa, á cuyo frente se ha-

bia de sentar el honrado anciano coronado de canas y virtudes, y á cuya santa bendicion sonreiria el niño, encanto de la madre, júbilo del esposo, regocijo del abuelo.

El sol se undia en el mar, y sus últimos rayos besaban la cima de la montaña, bañando con su purísima luz á Angela y Cecilia, que semejaban dos ángeles [de la tarde, próximos á desplegar sus alas y volar al cielo entre las primeras sombras de la noche.

Teobaldo contemplaba embargado de emocion aquel sublime cuadro.

Apenas hablaban.

Sus almas plenas de dicha, meditaban con recogimiento místico las impresiones que el sublime espectáculo de la naturaleza les ofrecia; y la melancolía de la tarde, cual suave rocio se infiltraba en sus corazones.

Por do quiera se alzaban misteriosos ruidos; el tañido de la campana de la aldea vecina, el aura que movia las frondas del bosque, el insecto que se rebullia entre las hojas secas, el ave que trinaba en la espesura, el grito del *chapelgorri*, el valido de la oveja, el rumoroso acento del lejano mar, sinfonía vaga, qne se completaba en un ritmo dulcísimo y triste, que llenaba el alma de penas y dulzuras evocando las esperanzas y los recuerdos.

Sí, en esas sublimes horas ¿quién no recuerda? y ¿quién no ama, aunque no sea más que á los perdidos sueños de ventura?

Angela, Cecilia y Teobaldo nada hablaron, nada. Hubieran tenido miedo de poner en sus lábios aquellas divinas voces que escuchaban en el corazon.

. . . .

Cuando salieron del extasis, restaban pocos instantes que aprovechar para bajar á la cueva.

La noche podría sorprenderlos en las montañas, siempre peligrosas para los no acostumbrados á andar por ellas.

La entrada de la cueva está casi cubierta por un espeso tejido de yedra, argomas y gigantescos helechos.

Los peñascos de sus paredes ostentan variedad de colores. El musgo se presenta en sitios de hermoso verde aterciopelado y en otros parduzco y enfermizo. La humedad tiñe las piedras calizas de color de almagra y ocre presentando facetas plomizas y negras.

Cuando se está dentro de la *Peña de Arteaga* y la luz de las antorchas disipa las tinieblas, se vé un magnífico espectáculo.

La cueva semeja la habitacion de una maga.

El techo lo forma un artesonado primoroso de estalactitas, redondas y gruesas en sus bases y en sus estremos finas, con su cristalizado cañon de nieve que desprende, con eco monótono, una eterna gota de agua sobre la frente de las estalacmitas, que aparranadas se agrupan alrededor de los charcos.

Aquel techo se alza, se deprime. Aquella artesonada bóveda baja en determinados parages hasta tocar el suelo, elevándose de repente hasta desaparecer en la altura.

Si se habla, la voz retumba estentóreamente, y en mil ecos la repiten las subterráneas galerías.

Si se calla, en el silencio se oyen ruidos misteriosos, golpes secos de estalactitas que se des-

prenden de la altura, rebotando en las estalacmitas hundiéndose en elagua de los charcos.

Las antorchas producen los más fantásticos efectos.

A su resplandor vuelan las sombras en el techo como fantasmas, y los girones de fuego se mueven en el cristal de los charcos, produciendo los más caprichosos dibujos.

No es la *Peña de Arteaga* sorprendente, pero Cecilia la admiraba, y comprendia el pavor que dá la tiniebla y el sepulcro.

En mala hora espresó estas ideas á Teobaldo.

Su rostro se descompuso, sus ojos perdieron la luz del amor que ardia en ellos, y una agitacion nerviosa se manifestó en su semblante.

—¿No es verdad, dijo, que es espantosa la idea de la tiniebla y de la muerte? ¿No es verdad, añadió, que es mucho más espantosa la idea de un muerto que lo es para todos, menos para un ser para el cual siempre vive, y al cual atormenta sin cesar?

Cecilia que no entendió una palabra de semejante exhabrupto, creyó que Teobaldo en aquella ocasion hablaba en griego.

CAPÍTULO XV.

Mal cristiano.

Pero al siguiente dia, cuando ambos amantes se vieron en la playa, Cecilia alarmada por las palabras que oyera á Teobaldo en la *Peña de Arteaga* y de las cuales habia dado cuenta á su madre, despertando en esta mil fundados recelos, notó que el semblante de Teobaldo estaba descompuesto, y más pálido y triste que nunca.

Aquella noche el desventurado enfermo la habia pasado en vela pensando en los más locos desvarios.

Fiel á la palabra dada á Oscar, habia querido consultar el espíritu de Luisa, ser su propio *médium* y sin duda el espíritu de Luisa seria de las *folatres* como dicen los franceses, pues no habia querido darse por entendido ni sacar á Vargas de sus confusiones.

Estrechó á Vargas con mil preguntas sobre el significado de sus frases malaventuradas y el jóven no pudiendo esquivar una completa y franca esplicacion le refirió su vida, sus estudios, sus primeros amores, y su encuentro con Oscar, las revelaciones de este, los tormentos

que el recuerdo de Luisa le ofrecia, y las luchas que sostenia dentro de su corazon para apagar la nueva hoguera, en la cual padecia un alma, unida á la suya por invisibles é indisolubles vínculos.

Cecilia creyó que hablaba un loco.

No comprendió ni una palabra, pero sí imaginó muchos dolores que aflijian y torturaban á aquel pobre corazon amado.

Y, además, y una vez conocida su locura, su mismo amor, su egoismo, qué amor es egoista, le aconsejaba la curacion de aquella cabeza desvanecida, pues de lo contrario, era imposible alentar esperanzas de eterna dicha, teniendo una rival tan poderosa y, de la cual, por no tener vida, sino solo en el pensamiento de Teobaldo, no se podria vengar, ni menos destruir.

Pueden vencerse los celos de un sér real, pero no los celos que provoca un fantasma.

Contó á su madre aquellas estrañas y nunca oidas revelaciones, y Angela apiadóse profundamente del jóven desdichado, á quien para ser feliz faltaba lo mas preciso, la voluntad de quererlo.

Interesándose por él como si fuera su propia madre, juró no descansar un puntohasta volverlo á la razon, sintiendo solo que su celo no pareciese más bien nacido del deseo del bien propio, puesto que era el amante de su hija, que de caridad desinteresada y pura.

Pero podemos asegurarlo, Angela no miraba en Teobaldo al futuro yerno, sino al hombre que sufria, al hombre esclavo del error.

Un dia le preguntó sencillamente.

¿Y, Luisa tiene una tumba que recuerda á

sus parientes y amigos, un dia al año siquiera, la obligacion en que están de rogar á Dios por su alma?

Teobaldo se estremeció.

Luisa no tenia sepulcro.

En otra ocasion solo le dijo estas palabras:

¿Ha rogado V. mucho á Dios por el alma de la compañera de su niñez? ¿Ha hecho V. limosnas en su sufragio, se ha dicho alguna misa por que su alma descanse en paz?

Vargas se avergonzó.

No habia rezado por ella un Padre-Nuestro.

Y como callara, Angela añadió:

—Ella era cristiana, pero ¿y V?

Cecilia esclamó: ¡madre mia! qué horror si no fuera cristiano! sino rogara á Dios por el alma de la que amó en el mundo!

Y Cecilia tenia miedo de pensar que Vargas no tuviera la misma fé, la misma fé sagrada que llenaba su corazon.

CAPÍTULO XVI.

Contrastes.

Al dia siguiente Vargas, abandonaba su quinta.

Las palabras de Angela, las lágrimas de Cecilia le habian hecho comprender que en su conducta, diré mejor, en su conciencia, habia manchas que era preciso borrar.

Aquella estravagancia de creerse unido á un cadáver, aquella locura, que le hacia pensar sin tregua en un espíritu encadenado al suyo por invisibles lazos, aquel amor sublime con que adoraba un recuerdo era monstruoso é impío, considerando que aquel idólatra no habia murmurado una plegaria, dirigida á Dios y destinada á impetrar su alta misericordia para el sér, causa y efecto de su estravagancia, de su locura, de su amor.

Comprendió entonces que á aquel espíritu solo le habia hablado con palabras terrenas, el alma no habia tomado parte voluntariamente en el continuado diálogo que sostenia con Luisa.

Además, la desgraciada niña solo habia sido para él un objeto de temor, una tortura, un lo-

co remordimiento y un enemigo real. Así al menos se le aparecia.

Contrariando su amor hácia Cecilia, habia llegado á tener para ella, no el dulce y tierno recuerdo que se destina á los que están con Dios, sino superticioso temor que quizas habia degenerado en odio no confesado, pero sí sentido.

A todo lo que produce temor, se odia.

¿Aquel amor habria llegado á los límites del aborrecimiento?

Luisa, la tierna compañera de su infancia, se encontraba en aquel momento sin amor, sin sepulcro, sin oraciones, sin lágrimas.

Una soledad más grande era imposible imaginarla.

Cristo, mártir de los mártires, tuvo al pié de una Cruz el llanto de María.

Comprendia que el espíritu de Luisa estuviese encolerizado.

Quizás presintió entonces que no eran sus amores con Cecilia lo que producia su cólera.

¿Era cristiana?—Le habia preguntado Angela.

Sí, lo era, toda mujer nace con la religion dentro del alma. La que no rece, la que no llore, la que no ame, no merece el nombre de mujer.

Mil veces la habia visto á los piés de la Cruz, bañando el signo de nuestra rendencion con llanto amoroso, sublime bálsamo que dulcificaba las heridas del Mártir. Mil veces la habia visto murmurar ternísimas plegarias, lenguaje bendito con que el hombre conversa con Dios. Mil veces habia sorprendido en su palido semblante la reberveracion de un rayo divino que brotado

del altar, inundaba su corazon de luz y de consuelo.

Era cristiana. ¿Y él?

Él,... ¡Ah! sí, tambien lo era.

Tambien su madre puso la Cruz bendita sobre su cuna. Tambien su madre le enseñó entre sonrisas y besos á balbucear plegarias que eran alegría de los querubes. Tambien su madre, cuando al morir depositó en su frente el último beso, murmuró á su oido «cree y espera.»

Y tambien él, arrodillado junto á su tumba, derramando lágrimas, oró al cielo por la que le enseñó á orar, y hallar en la plegaria el bálsamo consolador de los dolores.

¡Pobre Teobaldo!

No la ciencia que es luz, sino el error que es sombra, tal vez habia torcido sus primeros pasos, tal vez se imaginaba que era demasiado sabio para no poner en la grosera balanza del humano pensamiento los más árduos problemas y resolverlos á su manera, siendo su orgullo el que le habia precipitado en el más humilde abatimiento... tal vez no habia pensado en Dios, ni sus lábios habian vuelto á abrirse á la oracion, pero en su corazon aún quedaba el perfume místico de los primeros dias de fé, como en las bóvedas de los templos queda el aroma del incienso que el sacerdote quema en los altares cuando termina el santo sacrificio.

Marchaba á Sevilla para borrar un pecado que las palabras de Angela le habian hecho comprender.

Hasta que su conciencia estuviese limpia y pura del remordimiento, no creia poder presentarse ante los ojos de Cecilia.

Pero ¡ah! qué tristes pensamientos le aquejaban cuando su corazon acariciaba la imágen de su ídolo!

Aquella brusca ausencia, con los dolores que produce una separacion, le hacia comprender todo lo grande de su afecto, todo lo invencible de su cariño.

No habia él amado á Luisa de aquel modo.

Tal vez por estar siempre á su lado, por haberla considerado en su niñez como á una hermana, no habia sentido la melancólica dulzura que Cecilia derramaba en su alma.

¡Qué tristes horas las que siguen á una separacion!

Hay momentos en los cuales parece que el corazon quiere desprenderse.

¡Oh! vosotros los que jamás habeis tenido que arrancaros de los brazos de vuestro amor, no podeis comprender los tormentos del desdichado Vargas.

La locomotora, arrojando por sus fauces preñadas de fuego, densas nubes de humo que se confundian con las neblinas de los valles, arrebataba á nuestro héroe de los lugares por él más queridos.

Y á su lado ¡cuánta indiferencia! ¡cuánta alegría! ¡cuánta prosa!

El wagon donde iba lo ocupaban unos individuos, (demasiado toscos para viajar en primera clase) que sin duda irian ajustando mentalmente la cuenta de lo que les habia costado divertirse en los baños.

Un señor inmensamente grueso, colocadas las manos sobre su inmenso abdomen, como para contener su elasticidad, conversaba animada-

mente con una vieja alta y delgada y cuya cabeza desaparecia entre las alas de un descomunal sombrero verde, madre, ya que no abuela de una jovencita colocada frente de un jovencito cuyos piés desaparecian bajo los *bajos* de la doncella, observándose en ellos un movimiento contínuo que podia prestarse muy bien á maliciosas interpretaciones.

Al lado de la jóven, iba la criada, doncella de labor ó ama de llaves de la señora del sombrero verde, robusta cincuentona, con calor de hígado, y un parche en la megilla izquierda que tapaba sin duda, alguna impremeditacion de los malos humores.

En frente de esta iba un inglés, largo y delgado como todo inglés, y que únicamente daba señales de vida, cuando el ama de llaves estendia sus robustas estremidades aplastando de paso un pié del hijo de la nevada Albion, que abria los ojos desmesuradamente y murmuraba:

—¡Oba! ¡milady!

Lo supremo, lo inefable de la poesía, colocada al lado del prosaismo más ridículo.

¡Pobre Teobaldo!

Mientras que se cruzaban las conversaciones mas groseras, mientras que á la entrada de los tuneles se observaban ciertas preparaciones sospechosas, oyéndose en su travesía los gritos del inglés que pugnaba por defenderse de un cupidillo travieso, viéndose con asombro general á la salida, que el parche del ama de llaves estaba pegado á la megilla del jovencito y que la tierna jovencita se ruborizaba al pensar lo que aquella cruel mistificacion suponia, Teobaldo enjugaba sus lágrimas, despertando en su mente un mundo de recuerdos.

CAPÍTULO XVII.

Dies iræ:

Llegó á Sevilla.

Dos dias despues en la iglesia de la Magdalena se elevaba un magnífico catafalco.

Jamás los sevillanos han visto ni verán unas honras fúnebres más ricas, más esplendorosas.

Paños de brocado sosteniendo un ataud de plata, miriada de luces, nubes de incienso, miles de voces, torrentes de armonía, convertian el templo de Dios, en el mas orgulloso alcázar del lujo.

Muchos curiosos decian, «dan ganas de morirse »

—Y ¿quién ha muerto? preguntaban.

Y nadie lo sabia.

Solo podia haberles respondido un hombre que oculto en el rincon de una capilla solitaria lloraba amargamente.

Algunos que acertaban á verle murmuraban: ese hombre se parece á Teobaldo de Vargas.

Y otros respondian, ¡no! Vargas debe haber muerto! estaba muy enfermo.

—¿De qué?

—De locura.

Llegaba el oficio de difuntos al «Dies iræ.»

Esa cancion de la muerte que hiela de terror la médula de los huesos, ese himno á cuyos ecos se levantarán un dia todas las generaciones á la vista del Supremo Juez para escuchar su irrevocable sentencia.

Teobaldo oia el terrible cántico y su alma se estremecia.

¡Dies iræ!

¡Ah! él escuchaba aquellas palabras

lacrimosa dies illa
qua resurget ex favilla
judicandus homo reus

y ¡ay! hablaban de una sola, de una única resurreccion, pero resurreccion que ha de causar desesperado terror á los que giman y lloren como reos y se avergüenzen á la vista de sus pecados.

¡Él, cuyas lágrimas le habian servido de pan dia y noche! (1) ¡Él, que habia conocido que un abismo llama á otro abismo y que todas las tempestades y todas las olas habian descargado sobre su alma, decia al Señor humildemente; yo haré para conmigo oracion á Dios que es autor de mi vida, y diré: Vos que sois mi amparador, ¿por qué os habeis olvidado de mí, ahora que mis huesos se están quebrantando de dolor? (2)

Amparadme; ya que sé que no han de cantar vuestras glorias ¡los que estan en el sepulcro, ni han de entonar vuestras alabanzas los que estan en poder de la muerte; ni aquellos que des-

(1) Job. Salmo 41.

(2) Cánticos de Exequias, Isaias 28.

cienden á la fosa, esperarán ver el cumplimiento de vuestras promesas.

Los vivos, Señor, los vivos son los que os han de tributar alabanzas, como yo lo hago hoy (1) ante la vista de una muerte olvidada, y no comprendida sino en este momento, que veo pasar ante mis ojos todos los fantasmas de mis creencias despojadas de sus vestiduras, con sus huesos de niebla y sus carnes de humo, que el aura del Jordan disipa y el rayo de la fé hace desaparecer.

¡Oh! Luisa! Luisa mia! perdóna que yo por hacerme esclavo de tus palabras de mujer, de tus pasiones terrenas, no haya dado á tu alma el incienso de la oracion, á tus cenizas sepultura cristiana; que no haya puesto en mi corazon mas que dudas y temores, y haya privado de una Cruz á tu sepulcro.

. . . .

Vargas lloraba amargamente.

Torrentes de armonía y nubes de incienso inundaban las bóvedas sagradas, resplandecia el altar de oro con su miriada de luces y parecia que los ángeles volaban sobre el catafalco, sonriendo á otro hermoso ángel que besaba la frente de Teobaldo afligido.

Cesaron las armonías, se apagaron las luces, salieron músicos, curiosos y sacerdotes de la iglesia, pero en aquella ocasion no pudo decirse con un Becquer.

¡*Que solos*
se quedan los muertos!

¡No? Luisa siempre estaria acompañada.

Siempre tendria un alma que rogara por ella.

---

(1) Job.

CAPÍTULO XVIII.

Tumba vacía.

Dias despues en el cementerio se colocaba una Cruz de piedra sobre un magnífico sepulcro, que bien merecia el nombre de mausoleo.

Los curiosos que iban á admirarlo veian un jóven, que arrodillado junto á él pasaba las horas rogando á Dios por el alma de la mujer que llevó en la vida el nombre que se veia grabado con letras de oro en el frontispicio ¡Luisa!

Los sepultureros aseguraban que no habian enterrado en aquel mausoleo cadáver alguno.

Luisa tenia tumba.

Luisa tenia oracion.

Teobaldo quizás podria dejar de ser un fanático creyente de doctrinas nebulosas, pero en cambio comenzaba á ser cristiano.

Su alma comenzaba á ser dichosa tambien.

Comenzaba tambien á respirar el embriagador perfume de la vida.

Comenzaba á tener paz y entregarse libremente á los pensamientos de su amor.

CAPÍTULO XIX.

El proceso de un loco á presencia de un enfermo.

¿Qué pasaba en Deva?

¡Pobre Cecilia!

La brusca desaparicion de Teobaldo llenó su alma de amargura, y sintió un verdadero terror al pensar que el hombre á quien adoraba pudiera no volver á dar paz y abrigo á su corazon, que habia dejado de ser suyo desde el dia en que lo consagrara á una pasion que ya era tarde para apagar.

Pero un dia ¡ah! qué alegria inundó su alma enamorada!

Teobaldo se le aparecia, Teobaldo la juraba que venia á ser su esposo. Teobaldo, sin terrores ni fascinaciones, sin remordimiento, sin reservas, le decia que Luisa tenia tumba y plegarias, y que ella tendria eterno amor.

Cecilia creyó que su corazon se partia al choque de aquella nube que en su seno encerraba el divino rayo de todas las dulzuras.

Angela tambien creyó desfallecer de placer, porque las dulzuras de las madres son las alegrías de los hijos.

Se dispuso el casamiento y hasta se le señaló dia.

Aquella noche Teobaldo no pudo conciliar el sueño.

Cuando ruge la tempestad sobre nuestra cabeza, tememos el rayo: pasa y aun nos asusta el rumor lejano de los truenos.

¿Habia del todo pasado la tempestad sobre el corazon de Teobaldo?

No, aun estaba sobre su horizonte.

Aun los más crasos errores no se desvanecen repentinamente ante la luz, si han sido adorados y creidos por mucho tiempo.

Aún Teobaldo veia el fantasma de Luisa flotar siniestro y lloroso por los límites de su alma.

¡Ay de Cecilia! si aquel fantasma casi desvanecido volvia á invadir el pensamiento que ella sola ocupaba, ¿quién podria entonces despojarle de sus vestiduras que no cayese vencido?

Aún Teobaldo recordaba juramentos impíos hechos á un cadáver, aún adoraba doctrinas nebulosas y mal comprendidas, aún temblaba ante un quimérico ser, y aún se imaginaba con pavor que pudieran tener sombras de verdad, los desvarios que Oscar le habia contado.

¿Pero y Oscar? ¿dónde estaba? ¿qué era de aquel hombre estraordinario?

Volvió Vargas á saber de él.

Pero ¡de qué manera!

Sucedió que un dia al llegar el correo y revisar las cartas el Administrador, saltó á su vista un sobre enorme, lleno de garrapatos y geroglíficos y en mitad de ellos está inscripcion singular;

España.

A Teobaldo de Vargas, antes Othebolda, esposo de Sulai en su tercera trasmigracion.

Deva.

Pasmose el administrador, llamó á su mujer, esta á sus amigas, que vinieron sabiendo el caso, acompañadas de sus maridos, y uno de ellos, liberal furibundo, (*rara avis*) pensando que aquel escrito fuera la clave de una conspiracion carlista, llamó al alcalde, que se personó con el cura y el boticario.

Vino á parar á manos de la autoridad el cuerpo del delito, y como viese los primeros nombres, que eran los del rico andaluz, dueño de la hermosa quinta, y personaje misterioso, creyó prudente hacerle comparecer para tomar en él las oportunas medidas, si resultaba su culpabilidad en la soñada conspiracion.

Compareció Teobaldo acatando las supremas órdenes y el alcalde mostróle el sobrescripto.

Estremeciose Vargas ligeramente, pero no tanto que no fuese advertido por el alcalde que desde luego lo declaró *in mentibus* reo de delito contra el Estado, haciéndole desde luego sentar en banco separado de la concurrencia como un verdadero acusado, poniendo dos alguaciles á la puerta de la casa por si el andaluz pensaba apelar á la fuga en un caso estremo.

Sonriose Vargas al ver aquellos preparativos que se aumentaron con la venida de juez y escribano, y despues que se llenaron todos los requisitos de la ley, procedióse á abrir el pliego con toda clase de precauciones y á comenzar su lectura, que fué esta;

París II.

Othebolda, he encontrado á Yhira, á mi amada Yhira, la madre de Sulai tu esposa.

He consultado con sábios espiritistas este encuentro dichoso y todos creen que yo padezco una fascinacion producida por los malos espíritus, mas yo me he reido de sus teorías y veo y adoro en una inanimada estátua á la mujer que amé en una de mis primeras trasmigraciones.

El alcalde quedó sorprendido al leer tantas cosas para él incomprensibles.

¡Qué Dios me perdone! dijo el cura, sino creo firmemente que está rematadamente loco el que ha escrito esos desusados renglones.

El administrador de correos seguia la lectura con la boca abierta y el concurso estaba suspenso y admirado.

Teobaldo escuchaba en silencio.

Continue V., señor alcalde, murmuró en tono de súplica el boticario, yo he leido en Castilla algo de espiritismo.

Teobaldo estremeciose ligeramente.

Continúo, pues, dijo el alcalde.

Mi amor es la Venus que está en lo mas retirado y escondido del jardin de plantas.

No te sonrias lleno de incredulidad.

¿Quién te dice que un mármol no pueda ser amado cuando recuerda fielmente la imágen de una mujer querida?

Escucha.

Una tarde fria y nebulosa me senté frente á la estátua y caí en brazos de una especie de ensueño que no era producido ni por la vigilia ni por el cansancio.

Aquel ensueño tenia algo de sonambulismo.

El cuerpo, no percibiendo mas que sensaciones confusas las trasmite al alma incompletas y modificadas, que á su vez mas independiente las metamorfosea á su placer arrojándolas en las misteriosas esferas del idealismo mas sublime.

Atravesando rápidamente los siglos, siempre corriendo detrás de una amorosa imágen, me encontré en la hermosa Atenas, en la Atenas de Pericles, de la cual el poeta Lysipo ha podido decir «que no desear verla, es insensato, que verla y no desearla es mas insensato todavía, y que el término de la locura es verla, desearla y abandonarla.»

Las abejas revoloteaban zumbando sobre el cristal de las fuentes, en los bosques se oian los misteriosos y melancólicos ruidos de la tarde, confundiéndose el cielo en una polvareda de oro ardiente y luminosa.

Subí por la calle de Hermes, adornada con numerosas estátuas de Mercurio y entré en el Agora por el postigo donde está grabado el elogio de los soldados que se distinguieron contra los persas.

Sorprendido paseé mis ojos en rededor mio.

En mi sueño, en mi fascinacion, ¡oh Otebolda! vi la ciudad de los héroes, digna do ser habitada por los dioses.

A un lado, el Pœcilo, rico en pinturas maravillosas de Polignoto y de Panætus, y en estátuas maravillosas. Delante, de mi el Agora, vasta y bella, rodeadas de espléndidos edificios á quien daban sombra las largas y anchas hojas de relucientes plátanos. Divisaba el templo de la madre de los dioses, el palacio del Senado sobre cuyas columnas grabó el pueblo sus de-

cretos y las sábias leyes de Solon, la capilla del Prytáneo, rotonda elegante rodeada de frondosos álamos, y el templo de Marte, enriquecido de obras maestras, y cuyas puertas estaban fabricadas con cetros y coronas de reyes, vencidos por los griegos.

A mi alrededor, veia en apiñados corrillos, hombres de las naciones mas diversas.

Allí, estaban los marinos de las Cycladas, cuyas fuertes naves desafian el furor de los vientos; allí, los del montes Parmés, vestidos de pieles y famosos por sus arriesgadas cacerias de osos; allí, los negros etiopes, los que guardan las tablas del sol y que acababan de visitar las agüas fecundas del sagrado Nilo; allí tambien los caballeros de la Elide y los Tindarios de lanzas aceradas, los Fenicios comerciantes de púrpura que vienen de la alta Libia, donde se oculta el sol, y los Siracusanos, cuyo robusto brazo sostiene un escudo de seis chapas de bronce.

Balbuceando como tortolillas el dulce idioma aqueo, un grupo de jóvenes corintias pasaban á mi lado llevando en sus desnudos brazos lijeros cestillos de mimbres cargados de flores y frutos.

No igualaban las rosas á sus mejillas, ni los melocotones al aterciopelado de su cutis.

Los mercaderes fenicios estendian al sol sus telas de púrpura, dirijiendo á las bellas doncellas palabras pérfidas, dulces como la miel y corruptoras como el oro.

De repente un movimiento apretó la muchedumbre que abrióse en dos filas, para dar paso á un cortejo nuncial que salia del templo de la madre de los dioses,

Entusiastas aclamaciones de júbilo, escuchaba repetir en rededor mio.

¡Ohé! ¡Ohé! hoy es el dia en que la bella hija de Antigenés se desposa con el valiente Polydeukes.

Y ví pasar multitud de jóvenes coronadas de jacintos y vestidas de blanco.

Todas cantaban en coro el epitalamio, marcando el compás con sus pequeños piés.

¡Himeneo! sé favorable á esta union. ¡Himeneo!

Tres veces dichoso, el guerrero que se desposa con la hija de Antigenés. Los dioses te sonrien al ver la belleza de tu jóven esposa. Marte te dá su casco de batalla y el Amor lo ciñe con rosas. ¡Oh Leucomeda! Tu mirada es mas dulce que la de la tórtola, tu tez mas blanca que la leche y tus lábios más rojos que las cerezas.

Bello será el niño que recuerde á tal madre.

Nosotras, sus compañeras, corriamos con ella á las riberas del mar y lavábamos nuestros virginales cuerpos en las ondas, bajo el oloroso follaje de los laureles y rosales enlazados por la clematida y la cepa en flor; pero ninguna se encontraba hermosa cuando Leucomeda se despojaba de sus vestidos.

La mies dorada orna los campos, las flores silvestres anuncian la primavera, el laurel-rosa embellece las márgenes de los rios, el caballo de la Tesalia, completa el temido carro de guerra: tú ¡oh Leucomeda! que eres el encanto de la juventud y del Amor, serás la perla de la concha nuncial.

¡Himeneo! Sé favorable á su union. ¡Himeneo!

El cortejo avanzaba.

Alcé la cabeza, ví la desposada y una nube pasó por mis ojos.

Dí un grito de dolor y caí al suelo.

Me ahogaba la angustia de los celos y de la desesperacion.

¡Matadme! ¡matadme! grité delirante.

¡Ohe! ¡ohe! esclamaba la multitud.

Y cantaban las doncellas:

¡Himeneo! sé favorable á su union. ¡Himeneo!

El ilustre Apeles me cogió en sus brazos como á un niño y gritó á la multitud, ¡mira, oh pueblo! al hijo de las Musas al renombrado Praxiteles, primer amante de la hermosa Leucumeda.

La esposa de Antigenés corrió á mí, besó mi mano, se despojó de su corona y cayó muerta á mis pies como una paloma herida.

¡Oh Nemesis! acórreme, gritó Polydeukes ciego de ira.

Apeles le dijo, la hermosa hija de Antigenés no te amaba.

Polydeukes, estendiendo sus brazos sobre la vírgen, murmuró arrasado en lágrimas.

¡Oh dioses! velad su sueño eterno; y estrechando mi mano esclamó: ¡hermano mio, lloremos juntos su despedida!

¡Vírgenes de Grecia, que vuestro epitalamio se trueque en dolorosa elegía!

Y las vírgenes cantaron entre sollozos.

Ha muerto como una espiga tronchada por el vendaval. ¡Oh Himeneo! la has desposado con las Parcas. Para tí, la más bella hija de Grecia, tejeremos fúnebres coronas de lotus, sin tí iremos á vagar por los prados, húmedos con las lá-

grimas de Selene y grabaremos tu nombre en las cortezas de los árboles que dan sombra á las fuentes consagradas á Pan.

—¿Qué es esto? esclamó el cura lleno de asombro, ¿ha vuelto el paganismo?

—Hasta ahora no hay nada de intentonas liberticidas, murmuró el alcalde.

Teobaldo callaba siempre.

—¿Estaremos escomulgados por oir estas lecturas? preguntó una vieja.

—Hermanos mios, si tal es *ego os absolvo*, dijo el cura.

Teobaldo sonriose tristemente.

Y el alcalde continuó leyendo.

Leucomeda muerta permanecia hermosa, cual si la muerte no pudiera destruir los encantos de aquel divino rostro que Venus y el Amor habian dibujado.

Sus lábios aún tibios, invocaban el beso, y los pliegues de su blanca túnica dibujaban bajo su garganta las formas castas y puras de una vírgen á quien Eros no ha podido vencer.

El cortejo nupcial se convirtió en cortejo fúnebre, y yo loco de amor y desesperacion marché á mi taller y empleé todos los minutos de mi vida en fijar en mármol la imágen celestial de Leucomeda.

Celoso de mi obra la escondí á las curiosas miradas de mis conciudadanos y animado sin duda por el fuego que Venus hizo prender en el corazon de Pigmaleon, llegué á amar á mi estátua tanto como habia amado á la mujer que recordaba.

Un dia me sentí herido de muerte y me senté á los piés de mi obra contemplando su mágica hermosura.

Comprendí que atravesaria los siglos, que recibiria sonriente las ímpudicas miradas de los profanos y con celosa rabia cojí un martillo para destruir mi obra.

Al dar el primer golpe sobre su desnudo seno, las fuerzas me faltaron y caí muerto á los piés de Leucomeda, la hija de Antigenés.

. . . .

. . . .

No me engañé al pensar que mi obra atravesaria los siglos.

Todas las noches voy á verla.

Me parece que me mira, creo oir el suave eco de su voz, imagino percibir el dulce calor y el perfume de su cuerpo virginal.

¿Vivirá Yhira dentro de la estátua?

Si es una locura amarla como á ser humano, no me importa, yo adoro en esa imágen el mas puro y querido de mis recuerdos.

El Sér te conduce, Othebolda, cree en el Sér.

Él hará que encuentres á Sulai.

—Acabose esta peregrina carta, esclamó el Alcalde que no habia comprendido una sola palabra, y yo creo, añadió, que esto es la clave de una conspiracion, porque es incomprensible cuanto en ella se dice. Sr. de Vargas... V. no dá esplicacion sobre esto?

—Serian tambien incomprensibles para V., dijo Teobaldo sonriendo.

—Aquí hay una conspiracion, dijo el liberal furibundo que habia alborotado el cotarro, pero esa conspiracion añadió, es... contra el sentido comun.

—Soy de la misma opinion, esclamó el médico.

—Y yo de la misma, dijo el cura, y siendo la doctrina que en el pliego se esplana contraria á la Religion católica, yo única autoridad eclesiástica en esta reunion, pido á la autoridad civil que me entregue esos papeles, si la judicial no encuentra en ello inconveniente.

—Ninguno, dijeron juez y escribano.

El alcalde no convencido, pero resignado, entregó los pliegos al sacerdote, el cual los aplicó á la llama de una bujía.

Los papeles se incendiaron, se retorcieron y cayeron al suelo hechos cenizas.

—Qué así perezcan los malvados y los herejes, murmuró el cura en tono de salmodia.

—¡Amen! contestó el auditorio.

Y, hé aquí de qué manera fué procesada la locura de Oscar por aquella gente tan sencilla como sensata.

¿Habria un loco curado á un enfermo?

No lo sé, pero es lo cierto que Vargas sonreia burlonamente al terminar la carta desatentada de Oscar.

¿Sonreia del autor ó del auditorio?

CAPÍTULO XX.

Las bodas.

Dias despues se celebraban las bodas de Cecilia y Teobaldo.

A nadie se invitó á ellas, ni hubo baile, ni regocijo que celebrase un acontecimiento tan supremo.

Cecilia así lo quiso.

Angela así lo aconsejó tambien.

Vargas lloraba un antiguo amor, y parecia impío lanzar á sus recuerdos todas las alegrías de esos momentos de felicidad.

Además, habia no solo caridad en tal decision, sino un inefable y poético respeto á la memoria de aquella niña, que habia con su amor envuelto los años juveniles de Teobaldo en un suave y místico perfume de dulzuras.

Tambien habia respeto y caridad para unas doctrinas malaventuradas que, aunque desvanecidas, quizás pudieran revelarse por los ecos de alegrías mundanas, nacidos ante la vista de un vivo que triunfaba potente del alma de un muerto, siempre adorada, y confesada unida á otra alma por vínculo invisible.

Se celebró el casamiento en el oratorio de la quinta.

Jamás acto religioso revistió mayor recogimiento.

La Virgen sobre un altar, sonreia á las dos almas que se fundian por la bendicion del sacerdote en una sola.

En aquel supremo instante, como un relámpago, cruzó ante los ojos de Vargas la sombra de su adorada Luisa.

¡Ah! si, bien lo comprende el alma mia, ante aquella sombra triste, Vargas sintió defallecer.

No fueron entonces sus doctrinas ni sus creencias las que le hicieron estremecer y sentir indefinible angustia, no, fué su corazon abierto al sentimiento el que se acongojó, y el que lloró el recuerdo de aquella niña, su hermana en los primeros años, su amante en la adolescencia y en la juventud.

Recordó sus juegos infantiles, sus plegarias unidas á las suyas, sus primeros embelesos, la primera mirada que el Amor puso en sus ojos, la primera palabra amante que balbuceaban sus labios.

Recordó los dorados sueños, las ilusiones ardientes y amorosas, las esperanzas que no se realizaron.

La vió bella, pura, fresca como las flores que hace nacer en los prados la primavera encantadora, la vió con sus mejillas de rosa, con su frente de azucena, con sus lábios de clavel rojo, y vió el Otoño dentro de aquel primoroso jardin sacudiendo y secando con sus mortíferas auras todos sus encantos.

Mirola con sus guedejas rubias ornar su fren-

te pálida sellada por la Muerte, mirola con sus lábios besados por las Parcas, mirola con sus ojos sin luz y sin brillo, ellos que habian sido la cuna de la Aurora.

Asistió á sus dolores, á sus lágrimas, á sus congojas.

Lloró ante la vista de su agonía y estremeciose al creer escuchar de nuevo sus postreras palabras

¡Ah perjuro! ¡ah olvidadizo amante, que habia llevado á cabo todas las inconstancias y traido con ellas todos los dolores para aquella sombra melancólica que asistia llorando á la mas terrible Cruxificion!

Vargas no las pudo ocultar: en aquel momento, dos lágrimas cruzaron por sus mejillas, dos lágrimas que no se evaporaron ante el sol de los ojos de Cecilia que era en aquel momento tan dichosa, que ni aun veia el llanto de su esposo.

Concluyóse la ceremonia.

Y concluyóse como habia empezado, sin efusiones, sin nada que pudiera hacer comprender el importante acto que acababa de tener lugar.

Fué una boda bien triste.

Pudiera decirse que aquella boda olia á entierro.

Y sin embargo aquel enlace traia consigo la felicidad de dos corazones.

CAPÍTULO XXI.

La noche de novios.

Líbreme Dios de traer á estas páginas esos cuadros voluptuosos que hoy constituyen el encanto de cierta clase de lectores, bastante grande por desgracia.

No creo que las palabras *noche de novios* deban despertar en nadie interés de cierto género, pues juzgo que el santo matrimonio es puro y casto, como consagrado por Dios, y rechaza toda idea que no sea casta y pura.

Pero escritores que se complacen comentando infamia y lascivias y logrando con esto sus crédito, han cubierto de lodo esas primeras horas de felicidad, que fundan el nuevo hogar y la nueva familia.

Siempre moralmente vírgen la esposa, no colocaré su imágen en el altar impúdico de Venus, para que la profanen las miradas y la mancillen las sonrisas de los hombres rompiendo ellos sus castas vestiduras.

Ante mis ojos es demasiado sublime y santo el nombre de esposa para que lo arroje del tem-

plo del hogar y lo esponga en un infame *pilori* á la vergüenza pública.

Pero en la ocasion presente necesito detenerme en la noche de novios de Vargas y Cecilia, porque no hay en ella una sombra que pueda ofender á la vírgen, á la esposa y á la madre.

El cuarto de los novios, el nido, poéticamente hablando, era lo mas ideal que puede imaginarse.

Vestidas las paredes de seda blanca y azul, el trono del amor de madera pintada de los mismos colores, el techo, obra primorosa de un pintor ilustre, bellísima alegoria amorosa, y el mueblaje del mismo estilo que el lecho, formaban un nido encantador que respiraba una elegancia y una *frescura*, por decirlo así, indefinibles.

Allí estaba Cecilia, esperando que Teobaldo la jurase un eterno amor, que hiciera eterna la felicidad que en aquel momento llenaba su corazon enamorado.

No se hizo Vargas esperar.

A su vista palideció la niña.

Postróse Vargas á sus piés.

Llorando confesola que aun no estaba curado de la enfermedad que le afligia.

Que no podia desechar sus tristes pensamientos.

Que creia que Luisa estaba al lado suyo, y que su imágen melancólica se interponia entre él y la felicidad.

La dijo que en el instante en que el sacerdote les habia unido para siempre, vió ante sus ojos la imágen pálida y llorosa de Luisa, evocando con sus lágrimas sus pasados dias de amor, de alegrías y de penas.

¡Ah! Cecilia creyó morir.

Jamás amante alguno ha hecho semejantes revelaciones en momentos tan supremos.

Pero Cecilia contuvo su dolor, y acrecentándose su caridad, comprendió más que nunca toda la pasion con que Teobaldo la adoraba, pues habia hecho por ella el más grande de los sacrificios.

Esperaba salvarle de su enfermedad.

Besóle en la frente.... y concluyose la noche de novios.

Vargas se despidió de su esposa y marchose á su gabinete.

CAPÍTULO XXII.

Idealismo.

Allí estaba el retrato de Luisa.

Del fondo negro destacaba su blanca cabeza, y parecia que iba á salir del marco.

El pintor habia espresado en aquella cabeza toda la dulzura de la melancolía, y en sus azules ojos habia puesto toda la poesía del amor.

Aquella imágen aparecia sublime.

Vargas se detuvo ante ella.

¿Porqué al mirarla pensó en Oscar?

¡Oscar!—¿No era un loco?—¿Porqué recordarlo en aquel momento?

¿Porqué?

Porque en aquel momento Vargas recordaba una promesa no cumplida.

Habia jurado consultar á Luisa antes de casarse.

Ya lo hemos dicho mil veces, evocó su espíritu, y jamás se le apareció.

Jamás, queriendo constituirse en su propio *medium* pudo tener la más breve y sencilla revelacion.

En aquellos momentos, sin embargo, sentia

una fuerza superior que le impulsaba á poner su espíritu en relacion con otro espíritu.

Quiso hacerlo, é imposible, el recuerdo de Cecilia le asaltaba. Parecia como que rechazaba con sus brazos de esposa, el fantasma que pugnaba por abrirse paso y llegar al corazon de su marido.

¡Ah! estaba acompañado, tenia defensa, tenia escudo para combatir sus superticiosas quimeras, que ya no se le aparecian suplicantesni aterradoras, sino melancólicas y resignadas.

Al rayar el dia entró Cecilia en aquel gabinete con la corona de desposada.

Teobaldo conmóviose profundamente cuando vió á su esposa que coronaba con ella el retrato de Luisa.

Horas despues, Cecilia le llamaba al oratorio.

En él habia un sacerdote revestido de casulla negra.

Celebró una misa por el descanso eterno de una mujer.

Cecilia murmuró al oido de Teobaldo, ofrece el santo sacrificio por el alma de la compañera de tu niñez.

Aquella tarde todos los pobres de Deva y sus cercanías acudian á las puertas de la quinta llamados por su nueva dueña.

Todos querian prosternarse á sus piés para besarlos.

Cecilia al llenar sus manos de limosnas les decia: rogad á Dios, hermanos, por el alma de una mujer que yo jamás olvido en mis oraciones.

Y Cecilia decia al oido de Teobaldo: estas limosnas ofrécelas en sufragio del alma de la mujer que amastes.

Y estas misas y estas limosnas se sucedian un dia y otro, y siempre escuchaba Teobaldo las mismas palabras de su esposa.

Vargas enloquecia.

Una noche, cuando todo en la quinta reposaba en calma, entró Teobaldo en la habitacion conyugal..

Una lámpara de porcelana iluminaba ténuamente aquel aposento

Teobaldo llegó al lecho de su esposa.

Nada más bello que aquella criatura vencida por el sueño y sobre la cual flotaban los amores con sus alas de oro.

Su hermosa cabeza descánsaba sobre la blanca almohada como una rosa sobre un copo de nieve.

Su mórvido seno se alzaba y deprimia, meciendo sobre olas de leche pétalos de grana.

Sus pies semejaban dos palomas blancas amorosamente enlazadas en un nido de flores.

¡Nada más bello que aquella mujer! ¡Ah! Teobaldo sentia un divino extasis... Teobaldo ¿dejaria de ser Teobaldo?....

CAPÍTULO XXIII.

Realismo.

¡Al diablo los espíritus, al diablo los fantasmas y las quimeras, al diablo las locuras estravagantes!...

—¡Cecilia! ¡Cecilia! gritó Vargas.

—¡Teobaldo mio! murmuró la niña.

—¡Tuyo! ¡por siempre tuyo! dijeron al par los dos amantes, confundiendo sus corazones en un beso ardiente.

CAPÍTULO XXIV.

Oscar á los piés de Yhira.

Al dia siguiente, y despues del almuerzo, Angela, siguiendo una antigua costumbre abrió varios periódicos para leer sus gacetillas.

De repente su rostro se descompuso, y esta triste esclamacion se escapó de sus lábios:

—¡Pobre Oscar!

—¡Oscar! dijo Teobaldo sobresaltado!

—Y la anciana entregó á Vargas el diario francés *El Figaro*, y señalándole unos renglones, murmuró conmovida, lee:

Teobaldo leyó estas líneas:

«Todo Paris ha visto á un hombre de indescriptible fisonomía, de elegantes modales y distinguido aspecto, pasar horas y horas en amoroso extasis sentado frente á la estátua de Friné, que adorna uno de los bosquecilos del jardin de Plantas.

Este original, tipo el más estravagante que pudo soñar un novelista, tenia una de las más raras y divertidas locuras que pueden trastornar cerebro humano.

Jactándose de poseer la doble vista y cre-

yéndose apóstol de las más descabelladas doctrinas, que ni eran espiritistas, ni se basaban en sistema conocido, pues en ellas mezclaba todos los delirios y monstruosas aberraciones, perseguia con sin igual empeño la más irrealizable de las quimeras.

Hombre de brillante imaginacion, pero descarriada, habia creido existir y amar desde el principio de las generaciones, y habia dado forma, cuerpo y nombre á un fantasma, al cual se imaginaba unido y al que buscaba sin cesar.

Lo habia encontrado.

El alma de la amante de sus primeros dias, estaba encerrada en la estátua de Friné.

Su monomanía habia llegado á lo supremo del delirio.

Pensaba que la estátua le miraba, que con sus lábios de mármol le sonreia, que su cuerpo helado tenia para él calor, que su corazon de nieve se inflamaba al contacto del suyo....

Pasaba los dias contemplándola y las noches hablando al ídolo.

. . . .

Esta mañana todo París se ha horrorizado y ha compadecido al mas demente de los hombres.

Un cuerpo rígido, helado, cubierto de nieve, se ha encontrado arrodillado á los piés de la estátua.

El ídolo tenia en sus plantas manchas de sangre.

El idólatra tenia la boca ensangrentada tambien.

¡Terribles besos los dados por aquel hombre en su agonía!

La policía nada ha tenido que averiguar.

En su cartera se han encontrado las notas más insensatas, no siendo la menor el borrador de una carta que contenia esta estraña direccion:

A Teobaldo de Vargas, llamado Othebolda, esposo de Sulai, en su tercera trasmigracion.

El desdichado se llamaba Oscar Aragochea, y era hijo de un opulento banquero de Chile.

—¡Dios mio! esclamó Cecilia, ¡tened piedad de su alma!

—¡Cecilia mia! esclamó Teobaldo, yo moriré á tus plantas, porque tú has disipado las nieblas de mi entendimiento, has dado luz á mi pensamiento y verdadero amor á mi corazon.

—Bendita sea la fé que salva, dijo Angela.

—Y maldita la fé que condena, murmuró Antonio.

FIN.



